
BOLSILIBROS
BRUGUERA
Selección TERROR
LA LLAVE
DEL INFIERNO
Adam
Surray
SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

SELECCION TERROR

ADAM SURRAY

LA LLAVE DEL INFIERNO

Colección SELECCION TERROR n.° 502
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

497 — *Estirpe de vampiros,* Clark Carrados
498 — *Noche de horror y de muerte,* Ada Coretti
499 — *Los hijos de Satán.* Ronald Mortimer
500 — *La casa de. las arañas,* Clark. Carrados
501— *La elegida de Satén,* Joseph Berna

ISBN 84 02-02506-4 Depósito k.wL- B. 30.026
1982

Impreso en Esparta Pnnted in Spain

1.a edición: octubre. J 982
2.a edición en América: abril. 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S.A.
Parcts del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Sergio Agostini había contratado el Mirrors. En exclusiva. Todo el local para él y sus amigos. Cerradas las puertas del night-club. Nadie ajeno a la fiesta podía penetrar en el Mirrors.

Una fiesta que comenzaba a degenerar convirtiéndose en orgía.

Gary Salkow, propietario del Mirrors, ya lamentaba el haber cedido el local.

—Bastardos...

La voz de Salkow fue un susurro.

Como si temiera ser oído, aunque ello no era posible. Gary Salkow se encontraba en su despacho. Aislado de la sala. Contemplándolo todo a través del cristal. Un mirador que, en la parte recayente a la sala, era un inofensivo espejo. Desde allí dominaba gran parte del local: el mostrador, la pista de baile, el escenario y los reservados.

Sergio Agostini prometió pagarle bien. Un diez por ciento más de lo que hubiera recaudado el Mirrors de estar con las puertas abiertas al público. Salkow aceptó. No por aquel diez por ciento de más. Hubiera preferido mantener las puertas abiertas al público habitual; pero temió negarse a la petición de Sergio Agostini.

Nada en San Francisco era negado a los Agostini.

Sergio Agostini era el que más vociferaba. Se había situado tras el mostrador. Como si fuera el barman. Las mejores botellas de brandy, las de gran reserva, eran vaciadas en una vasija de cristal tallado. Luego botellas de ginebra y vermouth seco.

—¡Eh, amigos...! ¡Ya está el combinado!

Muy pocos le hicieron caso.

Ya estaban saturados de bebidas.

Botellas de todo tipo rodaban por el suelo.

Los presentes se dedicaban a aplaudir a Leila Curtis. La joven heredera de la Curtis Company. La niña de la alta sociedad californiana. Se había encaramado al escenario para realizar un strip-tease. Lo culminó. Un strip-tease marcadamente obsceno. De seguro no igualado ni en el más ínfimo de los tugurios.

Dos parejas yacían semidesnudas por el suelo. Sobre las lujosas alfombras del Mirrors. Una tercera en el sofá imperial. El lugar destinado a las personalidades.

Un individuo arrancó parte del cortinaje de terciopelo. Con un cuchillo improvisó una túnica para Leila.

—¡Maldita sea! —gritó nuevamente Sergio Agostini—. ¡Venid al abrevadero!

Paul Benjamín fue el primero en acudir.

Cuino siempre.
Dispuesto a complacer servilmente a Agostini.
—Eres un perro, Paul —rió Sergio Agostini—. ¡A beber con los perros!
Agostini introdujo la cabeza del individuo en la vasija de cristal tallado. La retuvo unos instantes. Hasta que el llamado Paul Benjamín comenzó a bracear. Entonces le soltó.
Benjamín, aunque congestionado y con síntomas de asfixia, siguió la broma comenzando a saltar y ladrar como un perro.
Las risas y los gritos atronaron en el local.
Una de las muchachas empezó a imitar al gato escapando de Paul Benjamín. Pronto todos quedaron a cuatro manos corriendo por debajo de las mesas. Derribando jarras de porcelana, figuras decorativas y ceniceros de cristal.
—Sergio...
Agostini giró.
Frente a él se encontraba Jennifer Scott. La más maravillosa de las mujeres. La más bella. Una diosa escapada del Olimpo. En honor de Jennifer se celebraba aquella fiesta. Por haber conquistado el título como la mejor modelo de California.
—¿Sí, nena?
—Me gustaría ir a casa, Sergio.
Los vidriosos ojos de Agostini acentuaron su brillo. Devorando con la mirada a Jennifer. Asintió con un repetido movimiento de cabeza.
—Una magnífica idea, Jennifer. También yo empiezo a aburrirme de todo esto. ¡Larguémonos!
No hubo despedida.
Nadie se percató de la salida de Sergio Agostini y Jennifer.
Se encaminaron hacia el auto. Un deportivo y aerodinámico Maserati coupé.
Sergio Agostini se acomodó torpemente frente al volante. Abrió la portezuela para permitir el acceso a la muchacha.
Y de nuevo los ojos de Sergio Agostini contemplaron lascivamente a la joven. La atrajo contra sí. Besándola en la boca.
—Sergio... no...
Agostini se separó.
Rió en desaforada carcajada.
—Tienes razón, nena. Este no es el lugar apropiado.
El Maserati rugió sobre el asfalto quebrando el silencio de la noche.
Las calles de San Francisco semidesiertas. Muchos de los luminosos de neón, dado la avanzada hora, ya eclipsados.
El auto circuló a gran velocidad.
Por la zona de Broadway.
Hacia la Pacific Avenue.

—Por favor, Sergio... No me gustaría terminar en un hospital o detenidos por una patrulla de tráfico.
Agostini volvió a reír.
Aminoró la velocidad.
—Tampoco a mí, Jennifer. Este gran día debe culminar felizmente. Tú has conseguido lo que ambicionabas. Ahora es mi turno.
Jennifer no respondió.
Si.
Ella había triunfado. Tal como le prometió Sergio Agostini. Conquistó el título. Ahora era el momento de pagar.
Jennifer Scott era una buena modelo. Desde los catorce años se había dedicado a ello. Spots para televisión, campañas publicitarias, pase de modelos... Así hasta los veinte años. Sin descansar. Una más entre otras muchas jóvenes bonitas y con gracias. No había triunfado. No había alcanzado la meta soñada. Sus ambiciones se desvanecían...
Hasta que conoció a Sergio Agostini.
Le prometió que conseguiría para ella el triunfo en el concurso anual de la firma Alexandria. Un título a la mejor modelo de California. Un premio que llevaba consigo un contrato de trabajo con la firma Alexandria, la más prestigiosa empresa de alta costura de California. Y también un contrato con Hollywood.
Sergio Agostini cumplió su promesa.
El poder de los Agostini.
Jennifer era consciente de ello. Sin Sergio Agostini no hubiera triunfado. Era joven, bonita, con arte en la pasarela...; pero como ella había otras muchas. De ahí que se decidiera por aceptar la ayuda de Sergio Agostini. Había cumplido los veinte años de edad. No quería esperar más. Tal vez no se le presentara ninguna otra oportunidad como aquélla.
Triunfó.
Ahora tenía que pagar.
El Maserati se detuvo frente al 133 de Salin Street. En Nob Hill. Un moderno edificio de lujosos apartamentos.
Sergio Agostini maniobró para enfilar hacia la entrada al parking subterráneo.
El empleado nocturno del garaje acudió a abrir la portezuela del auto.
—Buenas noches...
Agostini no se dignó a responder al saludo del encargado del parking. Tampoco Jennifer. La muchacha ni tan siquiera escuchó la voz del individuo. Caminaba como un autómata. Con expresión ausente.
Fueron hacia el elevador.

Abandonaron la cabina al llegar a la quinta planta. Se adentraron por un largo corredor en forma de «L».

Sergio Agostini abrió la puerta del apartamento. Disponía de llave. El había comprado aquel apartamento para Jennifer.

Acudió directamente al salón.

Al mueble-bar.

—¡Eh, Jennifer!... ¿Te sirvo algo?

—No, Sergio. Y tú tampoco deberlas de beber más.

—Tranquila, muñeca —rió Agostini—. No te preocupes. Estaré sereno.

Jennifer enrojeció.

Envuelta en la sucia mirada de Agostini.

—Quiero darte las gracias por todo, Sergio. Ha sido un día maravilloso. Mi triunfo, la fiesta...

—Eso es sólo el principio, Jennifer. Dentro de un par de días convocaré una rueda de prensa. Te haré famosa en todo el país. Tu fotografía aparecerá en las portadas de las más importantes publicaciones del mundo del espectáculo... ¡Te haré conquistar Hollywood!

Los ojos de la muchacha se iluminaron.

—¿Hablas... hablas en serio, Sergio?

—Seguro. Por ti estoy dispuesto a todo.

—¡Oh, Sergio...!

La ambición fue más fuerte. Venció todo escrúpulo en Jennifer. Dominó su repulsión hacia Agostini. La muchacha se abrazó a él. Colgándose de su cuello. Entreabrió los labios que fueron lujuriosamente besados por Agostini.

Jennifer retrocedió.

Sonriendo sensualmente.

Abandonó el salón.

Sergio Agostini rebuscó en el mueble-bar hasta dar con la botella de Johnnie Walker. No se molestó en coger un vaso. Aplicando el gollete de la botella a los labios bebió largamente. Con paso torpe, se encaminó hacia el pequeño corredor.

Divisó la entreabierta puerta del dormitorio.

Empujó la hoja de madera. Durante unos instantes quedó inmóvil bajo el umbral. Admirando la belleza de Jennifer.

La muchacha se había despojado del elegante vestido de noche. También de las finas medias de nylon ahora caídas sobre la alfombra. Dos únicas prendas protegían el seductor cuerpo femenino. Sujetador y slip. En sedoso tejido con aplicación de puntillas contrastando.

Jennifer sonrió.

Ya más animada.

Sergio Agostini había dejado de serle repulsivo. Incluso le encontró atractivo. Ciertamente, el rostro de

Agostini poseía a correctas facciones. Algo blanquecinas. Pálidas. Como enfermizas. De enteca figura. Su aspecto no era atlético, pero gozaba de buena salud. Lo único enfermizo eran sus ojos. Su malsana mirada. Sus pupilas delatando todos los vicios y perversidades de que puede ser capaz el ser humano.

Jennifer no reparó en ello.

Sólo se imaginaba conquistando Hollywood.

Llevó las manos a la espalda manipulando en el cierre del sujetador. Sus senos quedaron libres. Erguidos. Duros.

La muchacha, con deliberada lentitud, deslizó las manos hacia el minúsculo slip. Introdujo los pulgares bajo el elástico. Ayudada por sensual movimiento de cadera hizo bajar la prenda hasta las rodillas. Un nuevo movimiento y el slip cayó sobre la alfombra.

Jennifer se tendió en el lecho.

Con los brazos abiertos.

—Ven, Sergio... Ven...

Agostini reaccionó sacudiendo la cabeza. Llevó nuevamente el gollete de la botella a los labios. En largo trago de whisky.

Avanzó torpemente.

Depositó la botella sobre la mesa de noche para seguidamente despojarse de la elegante chaqueta del smoking. Tiró del lazo de seda que anudaba su fina camisa rizada.

Se sentó al borde del lecho. Al descalzarse cayó hacia atrás. Sobre la muchacha.

Rió en estridente carcajada.

—No estoy borracho, Jennifer... No lo estoy... Sólo contento. Sí, eso es... Contento de tener entre mis brazos a una mujer como tú...

Se había abalanzado sobre la joven.

Dominado por la pasión.

Besó bruscamente a Jennifer. Mordisqueando con furia los labios femeninos. También las manos de Agostini acariciaron con rudeza.

Jennifer gimió.

No fue un gemido de placer, aunque Sergio Agostini pareció interpretarlo así. Su diestra se cerró sobre el seno izquierdo de Jennifer. Estrujándolo. Una y otra vez. Hundiendo salvajemente los dedos en la mórbida carne.

—Sergio... me... me haces daño...

El rostro de Agostini estaba desencajado. No escuchó la súplica de Jennifer. Cerró aún con más fuerza los dedos de su mano derecha para acto seguido tirar sádicamente del seno femenino.

El grito de dolor de la muchacha quedó ahogado por la desaforada carcajada de Agostini.

—¿Qué te ocurre, nena? Tienes que amoldarte a mis deseos. Reconozco que soy un poco brusco, pero me gusta ver esa expresión,.. Si, Jennifer... Esa mueca de dolor que se refleja en tu rostro... esas lágrimas que pugnan por brotar de tus ojos...

—No, Sergio...

—Lograrás soportarlo —continuó Agostini, con ojos muy brillantes —. Espera... Un trago te hará bien.

Agostini atrapó la botella de whisky depositada sobre la mesa de noche.

La muchacha, al verse libre, trató de incorporarse; pero Agostini la aferró por los cabellos con la zurda. Tiró con violencia reclinando nuevamente a Jennifer sobre el lecho.

—¡Bebe, maldita sea!

—No... ¡No quiero...!

Sergio Agostini le aplicó el gollete a los labios. Reteniendo con fuerza la cabeza de Jennifer sobre la almohada. La joven bebió, aunque gran parte del liquido resbaló por su barbilla. Bruscamente empujó a Agostini. Apartando la botella que escapó de la diestra del individuo.

—¡Condenada estúpida...! Te he dedicado mucho tiempo y dinero. Vas a complacerme en todo, ¿comprendes. furcia?

—¡Ni borracha!

—¿Borracha...? Sí, eso es... Vas a beber hasta reventar... Entonces todo te resultará más fácil.

—No lo intentes, Sergio. Si vuelves a tocarme, gritaré con todas mis fuerzas. Eres un bastardo. Un repulsivo y viscoso bastardo. Creí tener suficiente estómago para aguantarte, pero estaba equivocada.

Agostini buscó la botella de whisky.

La descubrió entre los muslos de Jennifer. El liquido ya se había derramado sobre el edredón.

Una idea demoniaca surgió en la mente de Agostini.

Sonrió.

Sádicamente.

Alargó su diestra atrapando la botella de whisky. Alzó el brazo para seguidamente bajarlo con rapidez. Con brutal violencia.

Un desgarrador alarido de dolor brotó de Jennifer.

Silenciado de inmediato por la zurda de Agostini que atenazó la garganta femenina. Apretando con fuerza.

Jennifer desencajó las facciones. Boqueando. Pugnando por gritar. Con los ojos desorbitados. Moviendo brazos y piernas.

Sergio Agostini reía como un poseso.

Su zurda no cedió en la presión ejercida sobre el cuello de la muchacha. Controlando todo grito.

El braceo de Jennifer fue cesando.

Hasta quedar inmóvil.
—Perfecto, nena —rió Agostini—. Eso está mejor... El ofrecer resistencia de nada te...
Sergio Agostini enmudeció.
Su mirada había estado centrada en la botella hundida entre los muslos de Jennifer. Fue al desviar los ojos hacia el rostro femenino cuando se percató de lo ocurrido.
Jennifer tenía las facciones desencajadas. La lengua asomando por su abierta boca. Los ojos casi fuera de las órbitas. Fijos en el techo. Muy fijos...
Agostini parpadeó.
—Jeniffer...
La muchacha no respondió.
Estaba muerta.

CAPITULO II

Luigi Agostini era un auténtico *greaseball.* Así se denominaba a los viejos miembros de la Mafia no nacidos en los EE.UU., sino en Sicilia.

Luigi Agostini emigró de Italia a los doce años de edad. Se estableció en Nueva York. Bajo la protección del clan de Macciane. Con él aprendió todo cuanto debía saber. Y Luigi Agostini fue un buen alumno. A los treinta años, ya todo un personaje en el mundo del hampa, marchó a Chicago. Permaneció diez años en Illinois. Forrándose de dólares. Burlando a la ley. Cuando el clima de Chicago dejó de serle saludable, decidió establecerse definitivamente en California. Rodeado de la familia. Como un patriarca.

Luigi Agostini había cruzado la frontera de los cincuenta años. Se mantenía fuerte y astuto. Como en sus mejores tiempos. En San Francisco controlaba una importante cadena de supermercados. Su negocio legal. La tapadera.

El verdadero negocio de Luigi Agostini era el tráfico de drogas, las apuestas clandestinas, el juego ilegal... Todo muy bien controlado. Sin el menor fallo. Nada que pudiera ser detectado por la policía. Luigi Agostini se vanagloriaba ahora de su honradez. De su negocio legal de supermercados.

Era un zorro viejo.

El F.B.I., Narcóticos, Metropolitan Police...

Si.

Luigi Agostini sabía como burlarles. Lo hizo en Nueva York y en Chicago. Tuvo buenos maestros. Podían caer muchos peones, pero los Agostini jamás habían sido alcanzados.

Agostini, aunque nacionalizado norteamericano, jamás había renegado de su país de origen. Todo lo contrario. En el barrio italiano de San Francisco era conocido y apreciado por sus generosos donativos. Había costeado la construcción de un templo en honor de Santa Rosalía, patrona de Palermo, capital de Sicilia. Y Luigi Agostini soñaba con retornar a Italia. Terminar sus días en Sicilia.

Contrajo matrimonio muy joven. Con una italiana. Fruto del matrimonio fueron dos varones y una hembra. Alzo, Sergio y Sophia. Alzo era el mayor. Treinta años de edad. Le seguía Sergio con veinticinco y Sophia con veintidós.

La esposa de Luigi Agostini falleció al poco de establecerse la familia en California.

Fue un duro golpe para Luigi Agostini, pero supo consolarse. Contaba además con el apoyo de su madre. La anciana señora Claudia. Amada, respetada... y temida.

La mansión de los Agostini se emplazaba en el 214 de Gold

Boulevard, en la zona residencial de Barrio Neil. Una casa de dos plantas, sótano, jardín, invernadero, pista de tenis, piscina... Todo ello cercado por una muralla alfombrada de hiedra.

—Ya es suficiente, padre.

Luigi Agostini no pareció oír la voz de su hijo mayor. Y si la escuchó, no le hizo el menor caso.

Volvió a proyectar su zurda hacia Sergio.

La sonora bofetada hizo oscilar de un lado a otro la cabeza de Sergio Agostini. Acusando el impacto.

—¡Estúpido...! ¡Condenado idiota...!

Sergio no respondió.

Ya era la cuarta bofetada que recibía y estaba aturdido.

—Toma asiento, padre —intervino nuevamente Alzo—. Y procura tranquilizarte.

Luigi Agostini giró.

Furioso.

Vestía una bata sobre el pijama y calzaba cómodas chancletas.

Un rostro crispado. De pobladas cejas que casi semiocultaban sus ojos. La nariz carnosa. Boca grande. Abundante pelo ya canoso en los aladares.

—¿Tampoco tú lo comprendes, Alzo? ¡Tu hermano ha cometido un asesinato! ¡Y después se ha dedicado a pasear por la ciudad!

—Estaba borracho, padre —murmuró Sergio, casi sin voz—. No sabía lo que hacía... y no quería matar a...

—¡Al diablo con esa furcia! —vociferó Luigi Agostini—. ¡Me importa muy poco! Tu borrachera no es disculpa, Sergio. Si se comete un error, estamos aquí para enmendarlo. ¡Tú te dedicaste a vagar por la ciudad!

—No sabia... estaba aturdido... ofuscado...

—¡Maldito idiota! De haber regresado de inmediato aquí, hubiéramos hecho desaparecer el cadáver, borrando tus huellas...

—Puede que aún lleguemos a tiempo —dijo Alzo—. Alan Brooks es un buen elemento.

—Alan no puede hacer milagros. Si se ha descubierto ya el cadáver, no doy un centavo por el pellejo de tu hermano. ¡Un Agostini culpable de asesinato! Maldita sea... A mí ni tan siquiera me han multado por infracción de tráfico.

Alzo habló de nuevo.

Tranquilizador.

—Sólo han transcurrido dos horas, padre. ¿No es eso, Sergio?

—Sí... creo que si...

—¿Te das cuenta? —rugió Luigi Agostini—. ¡Ni tan siquiera está seguro del tiempo que lleva deambulando como un idiota por la ciudad! Tampoco recuerda si cerró la puerta del apartamento o la dejó

abierta. Sólo hay una cosa cierta: sus huellas. ¡Sus huellas por todo el apartamento! Y el Maserati en el parking del edificio. ¡Como tarjeta de visita!

Se divisaron los faros de un auto a través del ventanal del salón.

Un vehículo que circundó el amplio seto para estacionar frente al porche de la casa. Descendió un individuo de unos treinta y cinco años de edad. Rostro alargado. De facciones duras. Inexpresivas.

Se presentó en el salón.

—¿Y bien? —inquirió Luigi Agostini, nerviosamente—, ¿Lo has hecho. Alan?

El individuo denegó con un movimiento de cabeza.

—Malas noticias, señor Agostini. La policía ya estaba en el piso. Parece ser que la puerta del apartamento quedó abierta. Llegaron unos vecinos y se intrigaron al verla así. El resto es fácil de adivinar. Dos coches patrulla de la Metropolitan Police estaban frente al edificio. Luego apareció el inspector McCulloch, de Homicidios. Me largué. Ya nada podía hacer y sí comprometer más las cosas si era descubierto merodeando por la zona.

Luigi Agostini tenía el rostro congestionado.

Rojo de ira.

—Oh, no... Imposible complicarlo más. Sergio hizo ya un buen trabajo, ¿no es cierto, maldito idiota?

—¿Aviso a Daltrey, padre?

Luigi Agostini empequeñeció los ojos. Hasta casi ocultarlos por sus pobladas cejas. Contempló fijamente a Alzo.

—Daltrey... ¿Y qué puede hacer él? ¡Ni una legión de abogados solucionará esto!

—La policía llegará de un momento a otro —advirtió Alan Brooks, con voz carente de inflexión—. No necesitará esperar a analizar las huellas. El apartamento a nombre de Sergio Agostini, su auto en el parking del edificio... Hay que estar preparados.

Luigi Agostini quedó unos instantes en silencio.

Paseando por el salón.

Como fiera enjaulada.

Se detuvo, mesando repetidamente los cabellos.

—No vamos a avisar a Ernest Daltrey. Al menos de momento. ¿Por qué avisar a nuestro abogado? Nosotros nada sabemos. Sergio llegó aqui después de una fiesta y se retiró a dormir. Después de la fiesta en el Mirrors. el bueno de Sergio acompañó a Jennifer Scott al apartamento, se despidió de ella y tomó un taxi. Jennifer quería el Maserati para mañana. ¿Has comprendido, Sergio? ¡Dejaste a Jennifer con vida! Eso es lo único que tienes que decir. Una vez detenido, ya serás asesorado por nuestros abogados.

—Yo no quiero ser detenido, padre. Yo no...

Sergio no pudo seguir hablando.
La enésima bofetada de Luigi Agostini le hizo callar.
—¡Lárgate a tu habitación!
Sergio obedeció.
—Alan...
—¿Si, señor Agostini?
—Busca a Lewis. El controla la flota de taxis de la zona de Nob Hill. Que designe a un hombre de confianza. Tú le pones en antecedentes. Ese taxista jurará por su vida que recogió a Sergio y le trasladó hasta aquí. Moviliza también a nuestros soplones en el Departamento de Homicidios. Cuando se sepa la hora aproximada de la muerte de Jennifer, informaremos al taxista que afirme que encontró a Sergio minutos antes de esa hora.
—Muy bien.
—Ya no regreses por aquí, Alan —indicó Luigi Agostini—. Esta es una noche como otra cualquiera. Nosotros no sabemos nada.
Alan Brooks asintió.
Sin que su inexpresivo rostro delatara emoción alguna. Así era Alan Brooks. Frío e impasible. El lugarteniente de los Agostini. El brazo ejecutor. El encargado de los asuntos sucios. Un auténtico profesional del crimen.
A la salida del individuo, Luigi Agostini se dejó caer sobre el confortable sofá que adornaba el centro del salón.
Con un ahogado suspiro.
—Toda saldrá bien, padre.
—Tú no eres tan idiota como tu hermano, Alzo. Al menos no te considero así. Sergio se ha puesto la soga al cuello. Lucharemos por salvarle, pero dudo que se consiga algo positivo. Ignoro el alcance de las pruebas y huellas que la policía encuentre en el apartamento. Tiene gracia... Años y años burlando a la ley. Robos, asesinatos, sobornos, estafas, tráfico... Jamás una prueba contra nosotros. Y ahora, un Agostini es acusado de asesinato. El F.B.I, dará saltos de alegría. Un Agostini entre rejas...
—Ernest Daltrey es astuto, padre. El mejor abogado de California.
Luigi Agostini hizo una mueca.
—Retírate a tu habitación, Alzo. También yo lo haré. Simularemos que la policía interrumpe nuestro descanso. ¿Dónde está tu hermana?
—Aún no ha regresado.
—¿Y Eleonora?
Supongo que con cae estúpido de Richard Presnell. No creo que tarde.
—Par de furcias...
Luigi Agostini se incorporó.

Cansinamente.

Sin pronunciar ninguna otra palabra abandonó el salón. Con tenso paso. Casi arrastrando los pies. Por primera vez acusaba cansancio. Luigi Agostini, el todopoderoso Agostini, sentía también miedo. Consciente del peligro que se cernía sobre Sergio. Su hijo preferido. Alzo era fuerte, inteligente... Sergio, por el contrario, era un individuo débil de carácter. No soportaría en prisión más de una semana.

Luigi Agostini alcanzó la primera planta.

Avanzó por el corredor apoyado en la artística baranda.

—¡Luigi...!

Agostini, aturdido en sus pensamientos, respingó ante la súbita llamada. Fijó la mirada en una de las puertas del pasillo.

La habitación de su madre.

Giró el pomo de la puerta.

—Mamma...

—Pasa, Luigi, pasa...

Agostini obedeció.

Respetuoso.

Claudia Agostini estaba sentada en el lecho. Apoyada la espalda sobre confortables almohadones. La estancia sólo iluminada por la lámpara de la mesa de noche. Una luz que se proyectaba fantasmagóricamente sobre la anciana.

Con escalofriante efecto.

Era como contemplar a un cadáver.

Claudia estaba próxima a cumplir los ochenta años de edad. Cabello níveo recogido tías la nuca. Acentuando su esquelético rostro. Un rostro surcado de marcadas arrugas. Piel ajada materialmente pegada a los huesos. Ojos muy grandes, saltones, de brillante mirar. Lucía un blanco camisón cerrado en cuello y puños. Asomando las manos. De largos y huesudos dedos.

Claudia tenía aspecto de bruja.

Y tal vez lo fuera.

Al menos así era considerada en su pequeño pueblo natal de Italia. La anciana llevaba ya unos siete años en los EE.UU. Luigi Agostini la hizo llamar. Quiso que dejara Italia. Que disfrutara de las comodidades que él podía dispensarle.

Las sarmentosas manos de la anciana barajaban unos desgastados naipes.

Fijó sus saltones ojos en Agostini.

—¿Qué ha ocurrido, Luigi?

Agostini forzó una sonrisa.

—Nada importante, *mamma.* Una pequeña discusión con Sergio.

La anciana también sonrió. Una mueca que incrementó las entrelazadas arrugas de su rostro. También pareció acentuarse el

destello en sus saltones ojos. Un brillo casi infrahumano.

—A mí no puedes engañarme, hijo. Acabo de leerlo en las cartas. Aquí... En esta carta.

Claudia extrajo uno de los naipes.

Una carta de extraño grabado. Representando a un rojizo sol en cuyo centro se dibujaba una horripilante calavera.

—Significa desgracia, Luigi —murmuró la anciana—. Desgracia sobre los Agostini. Presagio de desgracia sobre todos nosotros...

—Más bien sobre Sergio. Ha matado a una muchacha. Y salió corriendo como un idiota. Dejando tras de sí todo tipo de evidencias.

—Sergio... El pequeño Sergio...

Sí.

También para Claudia era el nieto preferido.

—Tranquila, *mamma.* Todo saldrá bien. Conseguiré que...

Luigi Agostini enmudeció.

Un fino cortinaje protegía el ventanal de la habitación. Dejó pasar el fugaz resplandor de los faros de un auto.

Agostini palideció.

Ya estaba allí la policía.

CAPITULO III

No era un coche de la policía el que se adentró en el amurallado recinto. Se detuvo a unas tres yardas del iluminado porche de la casa. Como si descara permanecer entre las sombras de la noche.

En efecto.

Ese era el deseo de Richard Presnell.

Atrajo a la muchacha contra sí. Los labios femeninos le esperaban entreabiertos, trémulos, húmedos... Se unieron en apasionado beso.

No se percataron de las pisadas bajo el porche.

—¡Eleonora!

La pareja respingó al unísono.

La muchacha se separó alisando instintivamente el ceñido suéter. Los gordezuelos labios forzaron una sonrisa.

—Bue... buenas noches, tío Alzo.

—Hola, Alzo —saludó Richard Presnell, cordial—. Una magnifica noche. Disculpa si nos hemos demorado un poco, Quise enseñar a Eleonora las colinas de...

—Entra en casa, Eleonora —interrumpió secamente Alzo Agostini—. ¡Y tú lárgate, Richard! No quiero verte mañana por aquí. Estaremos muy ocupados.

—Tío Alzo...

—¡Obedece, Eleonora!

La joven hizo un mohín, aunque sin atreverse a replicar. Sus bellos ojos color ágata se posaron en Richard Presnell como muda despedida. Abrió la portezuela abandonando el auto. La corta falda permitió admirar fugazmente los muslos enfundados en finos pantys. Unos muslos largos y esbeltos.

Todo en Eleonora era perfecto. Armonioso. Empezando por aquel rostro ovalado. Bello lienzo para un marco de sedosos cabellos negros. Los pómulos ligeramente salientes. Gatunos. Los labios deliciosamente curvos. El cuello entroncaba los juveniles senos. Una cintura cimbreante. Caderas de tenue curva.

La muchacha corrió precipitándose en la casa.

—No te enfades. Alzo —recomendó Presnell, sin abandonar su cordial sonrisa—. Ya te he pedido disculpas por el retraso y...

Alzo Agostini había girado sobre sus talones.

Dando la espalda a Richard Presnell.

Instantes después de la entrada de Alzo Agostini en la casa, acompañada de un sonoro portazo, se apagaron las luces del porche.

Presnell arqueó las cejas.

Terminó por encogerse de hombros. Accionó la puesta en marcha y el encendido de faros. Circundó el artístico seto central enfilando

hacia la salida.

Tráfico nulo en Gold Boulevard.

De ahí que Richard Presnell presionara a fondo el pedal del gas.

El Corvette se deslizó a gran velocidad. Antes de salir de la avenida longitudinal, divisó la luz rojiza. También le llegó el ulular de la sirena.

Presnell aminoró la velocidad.

Segundos más tarde, se cruzaba con el coche de la Metropolitan Police. Con la luz giratoria en la capota. Y la sirena turbando el silencio de la noche. Tras el coche patrulla, un Pontiac negro.

Richard Presnell volvió a incrementar la velocidad del Corvette.

Todo el barrio Neil, zona elegante y residencial, era de espaciosas avenidas y amplias calles ajardinadas. Abandonado Barrio Neil, la situación era distinta. Ya no eran posible los excesos de velocidad. Ni tan siquiera a aquellas avanzadas horas de la noche. San Francisco era una ciudad que jamás descansaba.

El trayecto finalizó en Gray Road.

Después de bordear el Franklin Square.

Richard Presnell descendió del Corvette silbando por lo bajo. Caminó hacia el cercano 1203 de Gray Road. Penetró en el edificio haciendo caso omiso del elevador. Enfiló hacia la escalera llevándose a los labios un emboquillado.

Se detuvo en la tercera planta.

Apartamento de la izquierda.

Apenas introducir la llave en la cerradura, quedó inmóvil. Sorprendido por la música que le llegaba desde el interior.

Abrió la puerta.

El living iluminado. Al igual que el salón.

Richard Presnell cerró la puerta del apartamento. Pasó del living al salón contiguo. Allí descubrió al individuo. Acomodado en uno de los sillones. Con una lata de cerveza en la diestra.

Presnell forzó la sonrisa.

—Buenas noches, señor. Una agradable sorpresa.

El individuo no respondió. Alargó la zurda para desconectar el cassette de la mesa.

Frisaba los sesenta años de edad. Frente abombada. Ojos de búho, redondos e inquisitivos. Nariz ancha. Boca pequeña, con el labio inferior algo saliente. Vestía traje oscuro, impecable camisa y corbata de perfecto nudo.

Aquellos ojos de búho parpadearon.

Contemplando a Presnell.

—¿Todavía me recuerda. Presnell?

La sonrisa de Richard Presnell se hizo más forzada.

—Por supuesto, señor.

—¿Quién soy, Presnell?

La sonrisa ya casi se borró por completo del rostro de Presnell. Carraspeó.

—Inspector Sidney Hallen, del Federal Burea of Investigaron.

El individuo asintió. Plácidamente. Con una sonrisa que no presagiaba nada bueno. Su mirada se centró detenidamente en Presnell. De pies a cabeza.

Como examinándole.

Richard Presnell. Un individuo joven. Sin haber alcanzado los treinta años de edad. Pelo oscuro, con rebeldes mechones asomando sobre la frente. Rostro de correctas facciones. Bronceado. Complexión atlética. Vestía una deportiva chaqueta, camisa polo y pantalón a juego. Un lazo de seda anudado al cuello.

—Correcto, Presnell, correcto... ¿Y usted? ¿Quién se supone que es?

—Un playboy. Un tipo que...

—¡No, maldita sea! —vociferó súbitamente Sidney Hallett, incorporándose del sillón — , ¡Usted es un agente del F.B.I.!

—No lo he olvidado, señor; pero estoy en misión secreta. Simulando ser un despreocupado playboy. Un plan inteligentemente trazado para poder aproximarme a los Agostini.

El inspector arqueó las cejas.

Tratando de descubrir ironía en la voz de Presnell.

Sidney Hallett había ideado aquel plan.

—Un plan inteligente, ¿Eh, Presnell?

—Por supuesto, señor.

Hábleme de ello, Presnell. Se lo ruego —la voz del inspector sí rezumó sarcasmo—. Hace exactamente cinco días que entró en contacto con los Agostini. ¡Y no he recibido notificación suya! ¡Ni el menor informe!

Richard Presnell volvió a carraspear.

—Nada tenía que informar, señor. En este asunto se requiere mucha prudencia. Un paso precipitado serla un fracaso. Siguiendo el plan trazado, salí de Roma en el mismo vuelo que Eleonora Agostini. Conseguí establecer amistad con ella. Y las relaciones se han mantenido durante estos días. He sido presentado a los Agostini, pero eso es todo. No reciben al primer llegado con los brazos abiertos.

—Hoy se ha celebrado una fiesta, Presnell. En el Mirrors. Una fiesta pagada por Sergio Agostini a sus amigos. ¿Por qué no acudió con Eleonora a esa fiesta? ¿Acaso no fue invitado? Es en ese tipo de fiestas donde puede oírse algún dato al azar, algún comentario, algo de interés para nosotros...

—Mi intención era acudir a esa fiesta, señor. Y Sergio nos invitó, pero Eleonora se negó a ir. No fui capaz de convencerla. Eleonora

tiene miedo a Sergio. A todos los degenerados amigos de Sergio. Sospechó que la fiesta podría terminar mal y prefirió no acudir. Eleonora es una buena chica. Acostumbrada a la tranquilidad de su pueblo italiano. Ignora las actividades delictivas de los Agostini. Pare Eleonora, su familia se dedica a explotar una importante cadena de supermercados. He bromeado con ella. Le he dicho que los Agostini son mafiosos. Y me respondió que todo son calumnias, envidias...

—Maravilloso.

—No debe impacientarse, señor. He hecho buena amistad con Eleonora. Terminaré siendo admitido entre los Agostini. Es cuestión de tiempo.

Sidney Hellett sonrió.

Enigmático.

Volvió a acomodarse en el sillón.

—Puede que sus servicios ya no resulten necesarios, Presnell. Su misión, el vagar despreocupadamente simulando ser un millonario playboy, tal vez finalice. No más restaurantes de lujo. No más recorridos por los night-clubs de San Francisco. No más excursiones turísticas mostrando la ciudad a Eleonora. No más... sacrificios.

—Procuro hacer bien mi papel, señor. No me divierte la inactividad ni el fingir.

—Si, claro, claro... Lo dicho, Presnell. Puede que su misión haya terminado. Desde que los Agostini se establecieron en San Francisco, el tráfico de drogas pasó a ser un negocio a gran escala. Abarcando a toda California y Nevada del Norte. Los Agostini tienen el monopolio del tráfico de drogas. Hasta el más insignificante de los «camellos» paga su cuota a los Agostini. Ellos controlan todo el tráfico. Y no es sólo eso. Están las apuestas clandestinas, el juego ilegal, sobornos a funcionarios, asesinatos por encargo... El viejo Agostini no ha cambiado. Nueva York, Chicago... y ahora aquí. Los mismos métodos. La misma astucia. Burlando una y otra vez la ley.

—Terminaremos con ellos, señor. Tarde o te temprano.

—Ya hemos cazado a uno, Presnell. Sergio Agostini. Esta misma noche ha sido detenido.

—¿Bajo qué acusación? ¿Conducir borracho?

—Algo más grave. Asesinato.

Richard Presnell parpadeó.

Perplejo.

—¿Asesinato?

—Sí, Presnell. Fue una pena que no acudiera a esa fiesta del Mirrors Tal vez allí se inició lo tragedia. Una fiesta en honor de Jennifer Scott.

—Lo sé. La nueva protegida de Sergio Agostini. Su último capricho.

Las facciones de Sidney Hallett se endurecieron.

—Poco le duró ese capricho. Jennifer Scott es la víctima. Apareció estrangulada en el apartamento de Sergio. El apartamento de Salí Street. El que compró para Jennifer.

—¿Y fue Sergio...?

El inspector del F.B.I, asintió.

Con leve movimiento de cabeza.

—Sin duda alguna. Subieron juntos. Hay testigos de ello. Dejó el Maserati en el parking... y es su modus operandis. Conocemos a Sergio. Un sádico sexual. Un demente. Le gusta torturar. Más de una vez hemos visitado a muchachas en el hospital. En lamentable estado. Después de un encuentro... amoroso con Sergio Agostini. Por supuesto que ninguna de ellas se atrevió a acusarle. No es lo mismo una paliza que la muerte. A Sergio, en esta ocasión, se le fue la mano. Estranguló a Jennifer. Puede que no fuera su intención matarla. Sin duda quiso controlar sus gritos mientras... mientras la violaba salvajemente con el gollete de una botella.

—Sucio bastardo...

—Sergio se comportó como un principiante. Salió del apartamento como alma que lleva el diablo. Ni tan siquiera se molestó en cerrar la puerta. Ni coger su Maserati. Afortunadamente para nosotros, unos vecinos entraron en el apartamento descubriendo el cadáver y dando aviso a la policía. Hemos actuado antes que los Agostini. Ellos hubieran hecho desaparecer el cadáver y borrado toda huella. Ahora tenemos a Sergio. Es el primero.

—Asesinato...

—Si. Presnell. Algo que jamás hubiéramos sonado conseguir. Buscamos cómo aniquilar el imperio de los Agostini. Su tráfico de drogas y todo lo demás. Ahora tenemos a Sergio. El ojo derecho de Luigi. Se pondrá muy nervioso al verle sentenciado a veinte años de prisión. Nuestro momento ha llegado. Los Agostini han sido heridos. Es el momento de darle el golpe definitivo.

—¿Abandono mi papel de playboy?

—No. Presnell. Al menos de momento. Los Agostini, a partir de ahora, cometerán muchos errores. Atacados por los nervios. Siga con ellos.

—Alzo me prohibió que mañana acudiera por la casa en busca de Eleonora. Ahora comprendo su estado de ánimo.

El inspector sonrió.

—Cite mañana a Eleonora por teléfono. Apuesto que esta noche se hablará mucho en la mansión de los Agostini. Puede sonsacarle algo de interés a la muchacha.

—¿Quién lleva el caso del asesinato de Jennifer Scott?

—Oficialmente el inspector McCulloch, de Homicidios; pero el F.B.I, está en la sombra. Apretaremos las clavijas a Sergio. Es un tipo débil.

No me sorprendería que delatara a toda la organización con tal de ver reducida su condena unos años.

—No menosprecie a los abogados de Agostini, señor.

Sidney Hellett se incorporó del sillón.

Encaminando sus pasos hacia la salida.

—Esta vez no fracasaremos, Presnell. Exterminaremos a los Agostini.

El inspector del F.B.I, estaba en lo cierto. Incluso iban a contar con un magnifico aliado: El mismísimo Satanás.

CAPITULO IV

Algunos periódicos habían alcanzado la noticia para sus últimas ediciones. Incrementaron considerablemente la tirada. La noticia tenía un doble sensacionalismo. Víctima y presunto asesino. Jennifer Scott, la recién triunfadora del premio Alexandria, era la víctima. Y su asesino uno de los herederos del imperio- de los Agostini.

La acusación de asesinato había sido formulada. No había declaración para la Prensa. Ni tan siquiera una nota oficial. El inspector McCulloch se había negado a todo tipo de preguntas. Los abogados de Sergio Agostini sí pregonaron la inocencia de su cliente.

Los periodistas, desde primeras horas de la mañana, cercaron la mansión de Gold Boulevard; pero pronto se percataron de que allí no estaba el todopoderoso Luigi Agostini. Ni su hijo Alzo. Fue a la salida del Departamento de Homicidios cuando Luigi Agostini hizo su primera declaración. Afirmando rotundamente la inocencia de su hijo.

En la populosa Van Ness Avenue, casi esquina con Market Street, se alzaba el más importante de los supermercados de la cadena Agostini. La oficina principal.

Luigi Agostini y su hijo Alzo permanecieron poco tiempo en el edificio. Su visita fue más bien un acto de efecto. Aparentar que todo iba bien. Que no había preocupación en la familia. El jefe de relaciones públicas ya había orquestado una campaña de recogida de firmas de todo los empleados, solidarizándose con Sergio Agostini y clamando por su inocencia.

Padre c hijo abandonaron el edificio por una discreta salida.

Poco más tarde entraban en la mansión de Gold Boulevard. Ya libre de molestos periodistas.

Sorprendieron a la anciana Claudia en el pequeño salón contiguo a la biblioteca. Frente al televisor. Escuchando un boletín de noticias. Relacionado con la detención de Sergio Agostini.

El aparato fue desconectado por Luigi Agostini.

—No haga caso de esas noticias, mamma.

La anciana fijó sus saltones ojos en Luigi Agostini.

—Tienen pruebas... muchas pruebas contra Sergio... sus huellas...

—Se solucionará.

—Sergio es débil —murmuró la anciana—. Terminará por confesar su crimen. Y no sólo eso, Luigi. Los malditos policías alargarán sus zarpas sobre Sergio. Le prometerán una condena leve a cambio de la traición. Hablará. Los laboratorios clandestinos, los medios de distribución de la droga, los centros de apuestas, nombres, datos, fechas...

—Sergio es incapaz de traicionarnos.
—¿Crees sinceramente eso, hijo? Por supuesto que Sergio resistirá. Somos su familia. Resistirá un día, una semana, un mes... Hasta que se encuentre en prisión. Incluso antes. Frente al tribunal. Entonces se derrumbará. Y ante la posible condena de veinte años, cederá a las exigencias del F.B.I. Apuesto que el F.B.I, ya está tendiendo sus tentáculos sobre Sergio.
Luigi Agostini no respondió.
Si.
También él había pensado en todo aquello.
Sonaron unos golpes en la puerta de entrada al salón. Asomó el rostro de Giacomo Mantoni, el fiel sirviente de los Agostini. Al lado de Luigi desde sus comienzos.
—Luigi...
—¿Si, Giacomo?
—Un individuo pregunta por ti. Insiste mucho. Dice que es muy importante.
—¡Maldita sea. Giacomo! —exclamó Luigi Agostini, irritado—, ¡Al diablo con él! No quiero ver a nadie.
—Recíbele, hijo.
Luigi Agostini desvió la mirada hacia la anciana.
Los saltones ojos de la mujer brillaban como ascuas encendidas. Con una extraña mueca reflejada en el rostro.
¿Por qué, *mamma?* Sin duda se trata de un periodista o de cualquier otro entrometido que...
—Recíbele, Luigi. Ese hombre puede ayudamos. Puede ser la salvación de Sergio.
Luigi Agostini tragó saliva.
En algunos momentos tenía miedo de su propia madre. De sus poderes psíquicos. En más de una ocasión, Claudia Agostini había hecho gala de escalofriantes dotes de premonición. Anunció la muerte de su esposo antes del acontecimiento. Incluso telefoneó a Luigi Agostini para que se desplazara a Italia para el entierro. Así fue. El padre de Luigi Agostini fallecía el día y a la hora anunciada por la enigmática Claudia.
—Hazle pasar, Giacomo.
A los pocos minutos apareció el individuo.
Un hombre de unos cincuenta años de edad. De aspecto insignificante. Lucía una larga gabardina descolorida por los múltiples lavados. Nada parecía destacar en él. A excepción de sus ojos. Unos ojos azules. Casi transparentes. Sin brillo. Carentes de vida.
Aquellos ojos contemplaron a los reunidos en el salón.
En especial a la señora Claudia Agostini.
—¿Quién es usted? —inquirió Luigi Agostini, secamente—, ¿Qué

quiere?
El hombre desvió la mirada hacia Luigi Agostini. Esbozó una leve sonrisa.
—Me gustaría hablar con usted en privado, señor Agostini. Es un asunto muy importante.
—Esta es mi madre —señaló Luigi Agostini — , Y ése mi hijo Alzo. No hay secretos en la familia. Si tiene algo importante que decir, hable.
El individuo dudó.
Unos instantes.
Terminó por mover afirmativamente la cabeza.
—Puede que sea mejor así... Sí, es mejor compartir el secreto con la familia. Así todos conocerán el pacto.
—¿El pacto?... Oiga, amigo... No estoy de humor. No ha elegido bien el día para proponer negocios ni...
—Se trata de su hijo Sergio. Yo puedo salvarle. Las palabras del individuo no recibieron respuesta. Los Agostini quedaron en silencio.
Un silencio roto por Claudia.
—¿Cómo? ¿Cómo puede usted salvar a mi nieto? El individuo avanzó.
Enfrentando sus azules ojos con los de la anciana.
—Mi nombre es Geoffrey Brinner. Soy uno de los guardianes nocturnos en el 133 de Sali Street. Yo estaba presente cuando Sergio Agostini llegó con su Maserati con Jennifer Scott. Así lo he declarado a la policía.
—Es usted un magnifico ciudadano.
El sarcasmo de Luigi Agostini pasó desapercibido para el individuo.
Este retomó su mirada hacia la anciana.
—Quiero medio millón de dólares. Medio millón de dólares por conseguir que Sergio quede libre de toda culpa.
Los Agostini quedaron nuevamente en silencio.
Fue Luigi Agostini quien reaccionó con airada voz.
—¡Mi hijo es inocente!
—Le será muy difícil demostrar eso, señor Agostini.
—¿Y a usted? —interrogó Claudia, con pausada voz— ¿Cómo lograrla el que Sergio quedara libre de toda culpa?
Por primera vez, los ojos azules de Geoffrey Brinner adquirieron un tenue brillo.
—Presentando al asesino. Un hombre que acudiría al Departamento de Homicidios confesándose autor de la muerte de Jennifer Scott.
Los Agostini intercambiaron perplejas miradas.
—¿Quién será ese hombre? —inquirió la anciana.
Geoffrey Brinner respondió con voz carente de inflexión.
Sin delatar emoción alguna en su rostro.

—Yo. Yo me presentaré como el asesino de Jennifer Scott.

CAPITULO V

Luigi Agostini terminó por reír en desaforada carcajada.

—Adelante, Brinner. Siga. ¿Qué más piensa hacer por nosotros? ¿Pagará mis impuestos?

—No estoy bromeando, señor Agostini. Y no me entrego como asesino desinteresadamente. Quiero ese medio millón de dólares.

—Comprendo. Piensa organizar fastuosas fiestas en prisión, ¿eh? Gastar esos miles invitando a los reclusos.

—Yo no disfrutaré de ese dinero. Tiene otros destinatarios. ¿Qué responde?

Alzo Agostini se incorporó.

Dejando oír su voz.

—La policía no es tonta, Brinner. Tampoco dará crédito al primer loco que se presente confesando ser el asesino de Jennifer Scott.

—Lo sé, pero yo puedo ofrecerles pruebas, datos... Detalles que no han sido divulgados por la Prensa. Detalles que sólo pueden ser conocidos por el asesino.

El rostro de Luigi Agostini se transfiguró.

En una mueca de ira.

—¿Espera... espera que nosotros le...?

—Correcto —asintió Geoffrey Brinner, con un movimiento de cabeza —. Deben contarme todo. Todo cuanto hizo Sergio en el apartamento. Sin ocultarme nada. Sólo conociendo hasta los más mínimos detalles estaré en condiciones de enfrentarme a la policía y convencerles de mi... culpabilidad.

—¡Maldito bastardo...! ¡Fuera de aquí! —gritó Luigi Agostini—. ¡Fuera...! ¿Nos toma por idiotas?

—Tranquilo, Luigi.

La voz de la anciana irritó aún más a Luigi Agostini.

—¿No lo comprendes, *mamma*? ¡Es un enviado de la policía! ¡Está aquí para sonsacamos con esa absurda historia de...!

—¿Qué conseguirla con ello? —interrumpió Claudia—, Supongamos que le proporcionamos todo tipo de detalles. Datos que la policía ya conoce, ¿no es cierto? Declaramos que Sergio es el asesino. ¿Y qué? ¿Puede ir Brinner con ello a la policía? Lo negaremos. Negaremos esa afirmación. Su palabra contra la nuestra.

Alzo Agostini se adelantó unos pasos.

Acudió junto a Geoffrey Brinner registrándole y cacheándole minuciosamente.

—No lleva ningún magnetófono...

—¡Maldita sea! ¿Cuál es su juego? —exclamó Luigi Agostini—,

¡Responda!
—Medio millón de dólares. Y no es un juego. Simplemente un negocio. Yo salvo a su hijo de prisión y recibo medio millón de dólares.
La anciana también se incorporó del sillón. Con una agilidad impropia de su avanzada edad.
Se aproximó a Brinner.
Enfrentando sus miradas.
—¿Qué piensa hacer con ese medio millón de dólares, Brinner? ¿Para qué quiere ese dinero un hombre que será sentenciado a quince o veinte años de prisión?
Geoffrey Brinner inclinó la cabeza.
Su voz sonó ronca.
—Tengo... tengo esposa c hija. Mi esposa está paralitica. Apenas puede valerse por sí misma. En cuanto a Margot... mi hija... mi hija se está quedando ciega. Puede recuperar la visión y quedar perfectamente con una intervención quirúrgica. Una delicada operación que yo jamás podré costear.
—¿Insinúa que...? ¿Piensa cargar con una condena de asesinato a cambio de...?
Geoffrey Brinner alzó la mirada.
Con brusquedad.
Fijando sus ojos en Luigi Agostini.
—¿Por qué se sorprende? Usted también está dispuesto a todo por salvar a Sergio, ¿no es verdad? Yo soy un fracasado. Un inútil. Toda mi vida no ha sido más que un cúmulo de errores y fracasos. Fui causante del accidente que condenó a Elizabeth a una silla de ruedas. La falta de recursos, la miseria, la tristeza... sí, también es posible que yo sea el causante de la ceguera progresiva de Margot. Ellas ya no esperan nada de mi. Con ese medio millón de dólares abandonarían los Estados Unidos. Marcharían a Europa. Se establecerían en España. Allí hay una importante clínica que curaría a Margot. Elizabeth contaría con criada, con las comodidades de que siempre ha carecido... Medio millón es mucho para ellas. Y significa muy poco para los Agostini.
—¿Aceptan ellas eso, Brinner? —interrogó Claudia—. ¿Aceptan que se entregue a cambio de medio millón de dólares?
—Sí. No las juzgue mal... Yo... yo les he dicho que padezco cáncer. Un cáncer incurable. Que mis días están contados y puedo morir dentro de unas semanas, unos meses... He mantenido una larga conversación con ellas. Esta misma mañana. Camino de casa, después de ser interrogado por la policía, se me ocurrió el plan. Cargar con el crimen a cambio de medio millón de dólares. No me ha costado mucho convencerlas. Margot no se resigna a la oscuridad. A

un mundo de tinieblas. Yo le ofrezco la luz. Margot es joven. Recuperando la visión, retornaría la alegría, la esperanza en el futuro... En cuanto a Elizabeth, también está amargada de vivir en una silla de ruedas. Sin más horizonte que cuatro frías paredes. Viajar a Europa, conocer otros lugares, vivir... Sí, la tentación es demasiado grande. Han aceptado mi sacrificio. Incluso es posible que du den de esa enfermedad de cáncer, pero han aceptado.

—Queda usted. Brinner.

—¿Yo?

—Sí. Usted —recaló la anciana—. Ahora está dispuesto. ¿Y luego? ¿Cuando se encuentre entre rejas? Condenado a quince o veinte años de prisión. Puede volverse atrás. Confesar a la policía el trato y...

—Eso no ocurrirá. He madurado mucho mi decisión. En más de una ocasión, para evitar el regresar a casa y enfrentarme con Elizabeth y la amargura de Margot, he estado tentado de poner fin a mis días. No lo he hecho por no privarlas de los míseros dólares de mi sueldo. Ahora tengo la oportunidad de entregarles medio millón de dólares. ¿Cómo voy a dudar? Mi vida ya está acabada. Son ellas lo único que me importa.

—Mucho debe amarlas para hacer eso.

—Así es.

—Usted conoce a los Agostini —dijo Claudia, con pausada voz—. Se habla mucho de nosotros. Tenemos muy mala prensa, pero le confesaré algo... Dicen la verdad. Somos peligrosos como serpientes venenosas. Si alguien nos traiciona, esc alguien paga con la vida. No sólo él. También su familia. Si usted nos traiciona, si una vez entre rejas se vuelve atrás, su esposa e hija serían ejecutadas. Ni escondidas en el más remoto lugar del planeta escaparían a nuestra venganza.

—Lo sé. No habrá traición.

—Entonces hablemos del asesinato de Jennifer Scott.

—Mamma...

—¿Sí, Luigi?

—¿Vamos a...?

—Por supuesto, hijo —sonrió la anciana, acentuando las marcadas arrugas de su rostro—. Yo confío en el señor Brinner. Y el trato que nos ofrece es ventajoso para nosotros. Medio millón de dólares nada significan. Mi nieto Sergio es un estúpido. Cometió muchos errores. Habla de ellos, Luigi... Dile al amigo Brinner todo cuanto nos contó Sergio. Desde el momento en que entró en el apartamento con esa tal Jennifer... hasta su vergonzosa huida.

Luigi Agostini dudó.

Por poco tiempo.

La severa mirada de la anciana le hizo hablar.

Si.

Narró con todo detalle la historia de Sergio. Sin ocultar detalle alguno. Geoffrey Brinner escuchó el espeluznante relato sin interrupción.

—¿Eso es todo?

—Todo cuanto nos contó Sergio. Así ocurrieron los hechos.

—Bien. Mi historia a la policía será muy sencilla
—dijo Geoffrey Brinner—, Diré que subí por la escalera de incendios con intención de arreglar uno de las tramos de la octava planta. Está flojo desde hace algunas semanas y el administrador me encomendó la reparación. Subí por la escalera. Al llegar a la quinta planta, por la ventana abierta de la cocina, escuché como Sergio Agostini y Jennifer Scott discutían. Sergio Agostini abandonó el apartamento. Yo entré por la ventana. Con guantes. Unos guantes de goma utilizados para manipular mejor por entre los barrotes de la escalera de incendios. Unos guantes recién comprados. Entré en el apartamento con intención de robar. Sorprendí a Jennifer en el lecho. Desnuda. Mi intención de robar quedó dominada por el deseo. Ataqué a Jennifer. Una súbita impotencia me irritó y me hizo coger aquella botella de whisky... Estrangulé a Jennifer. Luego escapé. Dominado por el miedo. Sin molestarme en cerrar la puerta del apartamento.

En el ajado rostro de Claudia se reflejó una mueca.

—No está mal. Su mismo estado de ánimo, su miedo por lo ocurrido, le hizo olvidarse de todo. Incluso de robar.

—Me llevé unos vestidos de Jennifer.

—¿Cómo?

—Conozco el apartamento —murmuró Geoffrey Brinner—, Jennifer Scott era una buena chica. Hace unos días mi hija se presentó en el parking. Yo había olvidado llevar la cena. Jennifer llegó en aquel momento. Le sorprendió los gruesos cristales en las gafas de Margot. Su torpeza de movimientos. Su falta de visión... Al día siguiente me habló de ello. Le respondí que mi hija se estaba quedando ciega. Fue entonces cuando Jennifer quiso regalarme unos vestidos para Margot. Subí con ella al apartamento. Incluso creo recordar que algunos vecinos me vieron entrar.

—¡Infiernos! —exclamó Luigi Agostini—. ¡Eso es magnífico! Cuando la policía acuda a registrar su casa...

—Encontrará los vestidos —concluyó Brinner—, No tema. Resultará convincente. La policía se enfrentará con un culpable dispuesto a colaborar y confesar. No cometeré errores. Conozco lo ocurrido a Jennifer. Conozco todos los pasos del asesino. Ni tan siquiera les resultará sospechoso el que me entregue voluntariamente. Tengo un historial limpio. Jamás he faltado a la ley.

Es lógico que los remordimientos me hayan impulsado a entregarme. Máxime después de conocer que las culpas recalan sobre el... inocente Sergio Agostini.

Luigi Agostini rió en sonora carcajada.

Coreada por su hijo Alzo.

—Es un tipo listo, Brinner.

—Lo soy, señor Agostini. De ahí que también haya pensado en la seguridad de recibir ese medio millón de dólares. Mi esposa y mi hija, una vez yo sentenciado, abandonarán los Estados Unidos. Incapaces de seguir aquí soportando mi repugnante crimen. Procederán a vender todo y partirán sin rumbo. Con el medio millón de dólares.

—Les será entregado —afirmó Luigi Agostini—. Nos consta que, si no cumplimos el pacto, usted se iría de la lengua.

Geoffrey Brinner sonrió.

Enigmático.

Sus azules ojos volvieron a adquirir un tenue brillo.

—Sé que cumplirá el trato; no obstante, también yo he tomado medidas. He encargado el caso a alguien más poderoso que los Agostini.

—Maldita sea... ¿Alguien más está al corriente de esto? No es prudente que...

—Satanás.

Luigi Agostini bizqueó.

Parpadeó sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo dice?

Los ojos de Brinner fueron incrementando su destello.

—Pertenezco a la secta de Adoradores de Satán. He encomendado mi problema al mismísimo Satanás. Si no cumple el pacto, si no entrega el medio millón de dólares a mi esposa, la maldición de Satanás caerá sobre todos los Agostini. Si yo muero, me será entregada la llave del infierno. Volveré de la tumba en el mismo día de mi entierro... mis compañeros en el cementerio me ayudarán en el exterminio de los Agostini. Mía será entonces la venganza. Con la llave del infierno abriré las puertas del Más Allá. Y el Averno tragará a los Agostini. Víctimas de la más alucinante de las muertes.

El esbozo de una sonrisa asomó al rostro de Alzo Agostini.

En Luigi Agostini era aún más amplia.

Divertidos por las palabras de Brinner.

—Muy interesante, amigo Brinner; pero nada de eso será necesario. Cumpliré el trato.

Geoffrey Brinner no contestó.

Había desviado sus ojos hacia la anciana.

Claudia estaba pálida. Su ajado rostro era casi cadavérico. Con un imperceptible balbucear en los finos labios.

—También yo cumpliré el pacto —dijo Brinner, con voz ronca—. En todos sus puntos. Mi pacto con los Agostini... y mi trato con Satán.

CAPITULO VI

Una de las habitaciones más amplias de la mansión de los Agostini era el denominado Salón de los Espejos. Una estancia espaciosa. De fastuoso mobiliario. Con profusión de cuadros, espejos, figuras y objetos de arte. Todo ello entremezclado con pésimo gusto, pero de indudable impacto.

Alguien había apagado la artística lámpara que colgaba del techo.

El espacioso salón estaba sólo iluminado por las tres velas de un candelabro emplazado sobre uno de los muebles.

Sonaba una música en el tocadiscos.

Muy lenta.

—Richard... apriétame más...

—¿El cuello?

La penumbra no permitió ver el mohín de disgusto reflejado en el rostro de Sophia Agostini. Se separó levemente para posar sus ojos en Richard Presnell.

—¡Oh, Richard...! Eres odioso. ¿Qué te ocurre? ¿No te gusto?

Presnell sonrió.

Cínicamente.

En verdad tenía entre sus brazos a una encantadora muchacha. Una jovencita de ojos verdes. Dulce sonrisa. Bajo aquella aparente inocencia, se ocultaba un verdadero volcán. Sophia era fuego. Apasionada. Sensual. Sin freno.

Y quemaba a cuantos la rodeaban.

Ahora mismo estaba provocando deliberadamente a Richard Presnell. Le había arrancado de brazos de Eleonora solicitando bailar juntos aquella pieza.

¿Bailar?

No.

Aquello era algo más que un baile.

También fue Sophia quien accionó el interruptor de la lámpara dejando el salón bajo la mortecina luz del candelabro.

La muchacha lucía una blusa y falda en batista de algodón con apliques metálicos. Un conjunto juvenil.

Richard Presnell percibía con todo detalle el cuerpo femenino.

Pegado a él.

Como una lapa.

Un cuerpo ardiente.

Sophia acentuaba aquel contacto con sensuales movimientos de cadera. Abrazada a Presnell. Colgando de su cuello. Ensortijado los dedos tras la nuca de Presnell.

—No has respondido a mi pregunta...

La voz de Sophia fue un susurro.
Cálido.
Los labios femeninos muy próximos a los de Richard Presnell.
—Eres como una serpiente, Sophia.
—¿De veras?
—Eleonora ya me advirtió contra ti.
—¿Eleonora...? ¡Mi prima es una vulgar provinciana! Pierdes el tiempo con ella, Richard. Yo puedo ofrecerte más. Mucho más...
De entre la penumbra del salón sonaron unos gemidos. Y también una risa. Seguida de la voz de Sergio Agostini. .Profiriendo un obsceno comentario.
Sonaron más risas.
Paul Benjamín, el sempiterno adulador, coreaba la carcajada.
Richard Presnell sintió náuseas de todo aquello. Se le revolvía el estómago. De buen grado la hubiera emprendido a puntapiés con toda aquella basura.
Bruscamente se abrió la puerta del salón.
Alguien accionó el pulsador que iluminaba la potente lámpara del techo.
—[Maldita sea...! ¿Qué significa esto? —vociferó Luigi Agostini—. ¿Un burdel?
Richard Presnell y Sophia eran los únicos que permanecían en el centro del salón. Bailando. Sergio Agostini y una exuberante muchacha yacían sobre el sofá. Paul Benjamín y otra joven en la alfombra. Eleonora junto al mueble-bar. Con un gin-tonic en su diestra. Los ojos nublados. Acusando recientes lágrimas.
—¡Eh, papá! —protestó Sophia—. ¡No interrumpas!
Luigi Agostini hizo caso omiso a la voz de su hija.
Se encaró con Sergio.
—¡Fuera de aquí. Sergio...! [Lárgate con tu pandilla de inútiles!
—Estamos celebrando mi triunfo, padre. Hoy es un gran día. Quiero que...
—Tres minutos para abandonar la casa, Sergio —interrumpió Luigi Agostini, con dura voz—. No quiero que la abuela contemple estas escenas. Celebra tu fiesta en cualquier tugurio de San Francisco. ¡Respeta tu casa, condenado idiota!
Luigi Agostini salió cerrando de violento portazo.
Sergio se encogió de hombros.
—Amigos... ¡Nos vamos...! ¡Seguidme! Yo marcaré el rumbo. Empecemos por el local de Macon. Y luego al Afrodita.
Paul Benjamín aplaudió con excesivo entusiasmo.
Bulliciosamente abandonaron el salón.
Quedó Eleonora. Inmóvil. Junto al mueble-bar. Con la mirada fija en el interior del vaso vado.

Tampoco Richard Presnell había salido de la estancia.
Se aproximó a Eleonora.
Alzó la barbilla femenina reflejándose en aquellos nublados ojos.
—¿Qué te ocurre, pequeña?
—Déjame... Vete... ¡Vete con Sophia!
—No digas tonterías. Fui raptado por Sophia. En contra de mi voluntad. Yo estaba muy bien contigo.
La muchacha iba a responder, pero se interrumpió ante la aparición de Luigi Agostini. Este se detuvo bajo el umbral de entrada al salón.
—¡Eh, vosotros dos...! ¡Fuera!
—Hola, señor Agostini —sonrió Presnell—. No le molestaremos. Eleonora y yo vamos a pasear por el jardín. Hace una noche magnífica y yo soy un romántico.
Luigi Agostini chasqueó la lengua.
—Tú te largas. Presnell. Con Eleonora.
Hasta el interior de la casa llegó el estruendo de los motores. Dos vehículos, un Maserati y un Jaguar, circundaron el seto central enfilando seguidamente hacia la salida.
—Lo lamento, señor Agostini; pero estoy falto de recursos —dijo Richard Presnell, acentuando su sonrisa—, Mi viejo aún no me hizo el envío mensual. No puedo invitar a su sobrina a ningún sitio. Y el generoso Sergio se acaba de marchar.
Luigi Agostini llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta.
De la billetera extrajo quinientos dólares que arrojó sobre la mesa de cristal que adornaba uno de los rincones del salón.
—Lleva a Eleonora al mejor restaurante, Presnell. Buenas noches.
Agostini se hizo a un lado.
En espera de que Presnell y Eleonora abandonaran la estancia.
Richard Presnell se hizo cargo de los quinientos dólares. Ya no tenía más disculpas que ofrecer a Luigi Agostini. Hubiera deseado quedarse en la casa, pero insistir resultarla sospechoso.
—Buenas noches, señor Agostini —Presnell rodeó con su brazo derecho los hombros femeninos—. ¡Disfrutaremos hasta el último centavo!
Luigi Agostini no hizo comentario alguno.
Contempló cómo Presnell y Eleonora se encaminaban hacia el hall. Giacomo Mantoni les abrió la puerta de salida.
—No me gusta ese individuo, padre.
Luigi Agostini desvió la mirada.
Sonrió.
—¿Por qué no, Alzo? Es un inútil. De la misma pasta que tu hermano Sergio. Un vividor. Espera sacar tajada de su amistad con Eleonora. De poco le servirá. Dentro de unos meses, Eleonora ingresará en un colegio para perfeccionar el idioma y cursar

estudios. Se olvidará de ese Presnell. Y nosotros también. ¿Subió ya *mamma* a su habitación?

—No. Sigue en el despacho.

—Acompáñame.

Los dos hombres se dirigieron hacia una de las dependencias de la primera planta. El despacho biblioteca. De severo mobiliario en tonos oscuros.

Allí, en uno de los sillones de negra piel, estaba Claudia.

Con sus saltones ojos fijos en un indefinido punto.

Su ajado rostro, la enteca figura, le semejaba con un cadáver viviente.

—Tenemos que hablar muy seriamente con Sergio, hijo. Debe sentar cabeza. De poco le ha servido la lección recibida.

Luigi Agostini hizo una mueca.

—¿De poco? Ahora está aún más engreído. Consciente del poder de los Agostini. Puede cometer todo tipo de desmanes. ¡Los Agostini solucionarán el problema!

—Yo hablaré con él —dijo la anciana—. A mi sí me obedecerá. Luigi...

—¿Sí, *mamma*?

—He oído los últimos boletines de noticias. Geoffrey Brinner ha sido recluido en la prisión de Peck Flat. En espera de ser juzgado. Ya ha sido dictada acusación de asesinato y Brinner se ha confesado autor de la muerte de Jennifer Scott. Ha cumplido el trato. ¿Cómo piensas entregar el dinero a la esposa de Brinner?

Luigi Agostini quedó en silencio.

Un mutismo que hizo parpadear a la anciana.

—¿No estarás pensando en...? ¡Debes hacerlo, Luigi! ¡No puedes incumplir el pacto! ¡Tienes que...!

—Tranquila, *mamma.* Lo haré. Entregaré ese dinero.

—Cuanto antes, Luigi. Quiero que Geoffrey Brinner sepa que hemos cumplido lo tratado.

—Sí, *mamma.*

La anciana movió repetidamente la cabeza. Acentuando las arrugas de su rostro. Apoyando sus manos sarmentosas en los brazos del sillón se incorporó.

—Me retiro a mi habitación. Buenas noches, hijo... Adiós. Alzo.

Padre e hijo quedaron solos en el despacho.

Intercambiaron una mirada.

—¿Qué piensas hacer, padre? La abuela está nerviosa.

Luigi Agostini se acomodó tras la mesa escritorio.

Sonrió.

—No voy a cometer la locura de entregar medio millón de dólares a dos mujeres inválidas. No sólo por cuestión de dinero. La política de

los Agostini ha sido desde siempre el cerrar la boca a testigos molestos. Siempre nos ha dado resultado ese método. Vamos a eliminar a Geoffrey Brinner. Ahora. Antes de que se celebre el juicio y sea trasladado de prisión. En la de Peck Flat contamos con un par de hombres de confianza. Ellos realizarán el trabajo. Geoffrey Brinner aparecerá ahorcado en su celda. Un suicidio motivado por los remordimientos.

—¿Y ellas? La esposa e hija de Brinner.

Luigi Agostini sonrió más abiertamente.

—A ti te encomiendo ese trabajo. Alzo. Esto debe de quedar entre la familia. Quiero que hagas un trabajo limpio. Geoffrey Brinner. esposa e hija tienen que morir en un mismo día. En intervalo de horas. La señora Brinner y su hija, atormentadas por el infortunio y la desesperación, deciden también poner fin a sus días. Una muerte por escape de gas.

—Me encargaré de ello. Personalmente.

—En ti confío, Alzo.

—Luego nos enfrentaremos a la abuela. Será difícil calmarla.

Luigi Agostini volvió a sonreír.

—La abuela no ha olvidado sus reuniones y prácticas con las brujas de Palermo. Es religiosa hasta la médula, pero teme más al Diablo que a Dios. Recuerdo que, al poco de llegar a los Estados Unidos, donó una importante suma a una secta fanática de San Francisco. Una secta de adoradores de espíritus malignos.

Alzo asintió.

Uniendo su sonrisa a la de Luigi Agostini.

—También yo lo recuerdo. Incluso unos periodistas entrevistaron a la abuela. Sus respuestas fueron sensacionales. Proporcionaba donativos a los espíritus del Mal para que éstos la dejaran en paz.

—Apuesto a que Geoffrey Brinner leyó esa entrevista — dijo Luigi Agostini—, De ahí que se haya inventado esa absurda historia de los Adoradores de Satán. Para impresionar a la abuela. Para que ella nos obligara al pago del medio millón de dólares.

—Y en verdad la ha impresionado. Incluso parece algo asustada. Como al temiera realmente esa maldición.

—Cosas de viejas. Yo me encargaré de la abuela cuando todo haya terminado. Le permitiré que entregue un buen donativo a los Adoradores de Satán.

Padre e hijo rieron al unísono.

Unas carcajadas que resonaron con extraño eco. Como si alguien más se uniera a ellas. Un ser invisible. Un espíritu maligno que tendía sus garras sobre los Agostini.

CAPITULO VII

Fue un movimiento instintivo.
Incontrolable.
Dominado por la ira.
El puño derecho de Richard Presnell golpeó con fuerza sobre el cristal. El espejo estalló hecho añicos.
Y la diestra de Presnell comenzó a sangrar.
Llevaba un mal día.
El y todos sus compañeros del Federal Bureau of Investigation encargados del caso Agostini. Eran conscientes de la derrota. De la burla. Una vez más. Los Agostini nuevamente burlaban la justicia.
Ayer fueron enterradas Elizabeth Brinner y su hija Margot.
Muertas el mismo día que Geoffrey Brinner. Este apareció ahorcado en su celda de la prisión de Peck Flat. Suicidio. También suicidio o imprudencia era la versión dada a las muertes de Elizabeth y Margot.
Poco importaba.
El F.B.I, sabía quién se ocultaba tras todo aquello.
Los Agostini.
El poder de los Agostini, capaz de sobornar a funcionarios para que ejecuten a Geoffrey Brinner. En su propia celda. Casi al mismo tiempo en que su esposa e hija perecían por emanación de gas.
Sí.
Había sido un mal día para Presnell.
Aquella mañana, a la misma hora en que Geoffrey Brinner era sepultado en el cementerio de Eowe Hill, Richard Presnell estaba en la mansión de los Agostini. Con Eleonora. Contemplando los risueños rostros de Luigi, Alzo, Sergio...
La autopsia en el cadáver de Geoffrey Brinner no acusaba signos de violencia. Como si él mismo hubiera puesto el camastro en vertical y se colgara utilizando una de las sábanas del lecho.
Caso cerrado.
El asesino de Jennifer Scott, presa de los remordimientos, se suicida en su celda.
Nada de aquello era cierto. Ni Geoffrey Brinner Tuc el asesino de Jennifer ni hubo suicidio. Asesinatos. Asesinatos de los Agostini.
Richard Presnell abrió el grifo del lavabo.
Puso la diestra bajo el agua.
Sin dejar de maldecir. Sus compañeros del F.B.I, podían escupir toda su ira, pero él continuaba fingiendo con los Agostini. Dominando su deseo de pisotearles a todos ellos. Solicitó al inspector Hallett que le apartara del caso. Nada conseguía con Eleonora. La muchacha era totalmente ajena a las turbias maquinaciones de la familia.

Sidney Hallett se negó.
Debía seguir con aquello. Continuar fingiendo. Coreando las gracias de los Agostini. Adulándoles...
El nuevo repertorio de maldiciones lanzado por Presnell fue interrumpido al sonar el llamador de la puerta.
Envolviendo la mano derecha en una toalla, abandonó el dormitorio acudiendo al living.
Abrió la puerta del apartamento.
—Buenas noches, Richard.
—Eleonora... ¿qué haces aquí?
—¿Puedo pasar?
—Si, por supuesto...

Richard Presnell se hizo a un lado permitiendo el paso de la muchacha. Se encaminaron al salón contiguo al living.

Una tenue palidez se adueñaba de las facciones de Eleonora. Sus labios acusaban un imperceptible temblor, más acusado en las manos que sostenían el bolso.

—¿Ocurre algo, Eleonora? Habíamos quedado cita dos para mañana, ¿no es eso?

—Perdóname, Richard..., pero necesitaba verte. Necesitaba ver a alguien. Una persona amiga. He discutido con tío Luigi. Yo soy una extraña para ellos. No debí dejar Italia.

—Tonterías. Cuéntame lo ocurrido.

—La abuela está muy afectada por los últimos acontecimientos. Me refiero a la acusación de asesinato contra Sergio, su posterior puesta en libertad, la confesión de esc tal Brinner... y ahora su suicidio.

Richard Presnell simuló una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Sí, algo he leído en los periódicos. Un asunto muy desagradable.

—La abuela está muy alterada. Se comporta como una loca. Quise acercarme a ella, pero tío Luigi me echó fuera del salón. Luego discutieron entre ellos.

—¿De qué?

—No lo sé. Yo corrí a encerrarme en mi habitación. Se presentó la abuela. Muy sigilosamente. ¡Oh, Richard...! ¡Tienes que ayudarme!

—¿Ayudarte?

—La abuela... la abuela quiere... quiere que yo... ¡No puedo hacerlo, Richard! ¡No me atrevo a ir sola!

—Tranquilízate, Eleonora. Dime de qué se trata y te ayudaré.

La muchacha abrió el bolso de mano.

Extrajo una medalla de bronce que mostró a Presnell. Circular. Con un extraño grabado. Un relieve que representaba a una serpiente

bicéfala.

—¿Qué es eso?

—Me lo dio la abuela. Quiere... quiere que lo deposite esta noche sobre la tumba de Geoffrey Brinner.

Presnell arqueó las cejas.

Perplejo.

—¿Por qué? ¿Qué significado tiene?

—No me dio ninguna explicación. Claudia está muy alterada. Asustada. Me hizo jurar que lo depositaría sobre la tumba de Brinner. En el cementerio de Eowe Hill. Esta misma noche. Sin decir nada a tío Luigi ni a los demás miembros de la familia.

—La abuela es aficionada a la brujería y superstición.

—Lo sé, Richard; pero juré cumplir su encargo.

—¿Y quieres que yo te acompañe?

—Sí, por favor... Sola no me atreverla.

Richard Presnell permaneció unos instantes indeciso.

Pensativo.

Tal vez la ridícula petición de una vieja histérica le ayudara en su misión. Sonsacaría a Claudia. Le interrogaría sobre sus temores hacia Geoffrey Brinner.

—De acuerdo. Eleonora. Te acompañaré, pero mañana tienes que proporcionarme un encuentro con Claudia. Cuando esté sola en la casa. Sin ninguno de los Agostini.

—Lo intentaré, Richard.

—Bien. Espera aquí... Terminaré de arreglarme.

Richard Presnell retomó a los pocos minutos ajustándose una chaqueta de ante. Los cortes de su mano derecha protegidos por tiras asépticas.

—En marcha Eleonora.

—Richard...

—¿Si?

—Te quiero.

Se miraron a los ojos.

Fue la muchacha quien, aupándose, depositó un beso en los labios de Presnell. Este sonrió abarcando la cintura femenina.

Abandonaron el apartamento.

En dirección al cementerio de Eowe Hill.

* * *

Richard Presnell conducta el Buick de la muchacha.

Ya muy próximos a la Eowe Hill. Al oeste de San Francisco. Fuera

de la ciudad. Un estrecho camino comunicaba con la colina. Un cementerio de reciente construcción. Vagabundos, desheredados y demás infortunados sin recursos eran enterrados en Eowe Hill. Los gastos corrían a cargo de las autoridades.

Geoffrey Brinner fue enterrado allí. Lo mismo podía haber sido destinado al cementerio de Victoria. Lake Bluft o cualquier otro. Poco importaba. Nada importa a los muertos.

—¿Qué opinas tú. Richard?

—¿De qué?

—Te estoy hablando de Geoffrey Brinner. Conmigo no tienes que fingir. De seguro has oído los comentarios. Es un secreto a voces. Se dice que la mano de los Agostini está tras todo esto. Que Brinner, para ayudar a su esposa e hija, se acusó del asesinato de Jennifer Scott. La esposa de Brinner era inválida. Y su hija se estaba quedando ciega. Los Agostini ofrecieron dinero a Brinner. Y ahora... ahora Geoffrey Brinner ha muerto. Suicidio. Al igual que su esposa e hija.

—Mi opinión no importa, Eleonora. Yo soy ajeno a la familia Agostini. Tu opinión sí puede resultar interesante. ¿Cuál es?

La joven quedó en silencio.

Con la cabeza inclinada.

—¿No quieres responder?

—No sé qué decir, Richard... En Italia se habla mal de los Agostini. Se afirma que están vinculados a la Mafia norteamericana. Yo no creí esas historias. Ahora... ahora empiezo a tener dudas. Se comportan conmigo de forma extraña. Al presentarme yo, cambian de conversación o me obligan a salir. Dicen que están hablando de negocios que a mí nada importan.

—Negocios ilegales, Eleonora. Paulatinamente irán confiando en ti. Y entonces entrarás de lleno en el clan familiar.

—¿Negocios ilegales...? No te creo.

—Puedes apostar algo. Dedícate a espiar. Con prudencia. Escucha sus conversaciones. Me las cuentas y cambiamos impresiones. Tal vez sea yo el equivocado.

—De acuerdo. Richard —sonrió la muchacha—. Me convertiré en espía. Puede resultar divertido el...

Eleonora enmudeció.

Había divisado el cementerio.

En lo alto de la colina.

Cercado de nívea muralla.

Varios cipreses eran abanicados por el viento. Dos postes de alumbrado eléctrico en la zona. Iluminando la entrada al cementerio.

Richard Presnell esbozó una sonrisa ante el súbito mutismo de la joven.

—¿Asustada?
—No me gusta visitar los cementerios. Y menos durante la noche. De no ser por ti, dudo que me hubiera atrevido a cumplir el mandato de la abuela.
Presnell detuvo el auto a la entrada del camposanto.
Descendieron del vehículo.
Eleonora se estremeció aferrando contra su pecho el bolso de mano. Su temblar fue percibido por Presnell.
—Tranquila, Eleonora. ¿Quieres esperar aquí?
—No. Voy contigo. La abuela me indicó el emplazamiento de la tumba. Al fondo. Tras los nichos de la muralla sur. En el primero de los pasillos.
Presnell entornó los ojos.
—¿Cómo está enterada de ello?
—No lo sé... La abuela hace cosas extrañas. Parece leer el pensamiento —la muchacha, con forzada sonrisa, añadió—: En Italia se la tiene por bruja.
Richard Presnell empujó la verja de hierro.
Un agudo chirriar acompañó el girar de la puerta.
Soplaba una ligera brisa. El ulular del viento semejaba un lastimero gemido por entre los altos cipreses.
Eleonora volvió a sentir un escalofrío.
—Dame la mano y deja de temblar —dijo Presnell—. Te estás comportando como una niña.
—Perdóname. Reconozco que... ¡Richard!
La exclamación de Eleonora fue originada al apagarse súbitamente los dos postes del alumbrado.
Una repentina oscuridad envolvió el cementerio.
—Tranquilízate, pequeña —rió Presnell—. Se trata de una simple avería. Pronto se encenderán otra vez los focos. Disfrutamos de una noche magnífica.
En efecto.
No había luna ni estrellas en el negro manto del cielo, sin embargo la noche no era del todo oscura.
Los cipreses se agitaban alzándose como gigantescas sombras fantasmagóricas. El silbar del viento se fue haciendo más intenso.
Sobrecogedor.
Estaban ya junto a los nichos de la parte sur del cementerio.
Los diferentes pasillos adornados con flores silvestres. Separando las hileras de níveas tumbas. Blancas lápidas que destacaban en el suelo.
Presnell extrajo su encendedor de gas de uno de los bolsillos.
—Primera fila... Debe de estar por aquí...
La muchacha había quedado algo rezagada. Contemplando como

Richard Presnell se inclinaba con el encendedor sobre las tumbas de la primera hilera.
—Eleonora... Eleonora...
Fue un susurro.
Como el gemir del viento.
A espaldas de Eleonora.
La muchacha palideció. Agrandó los ojos. Inmóvil. Sin atreverse a girar la cabeza. Paralizada por el terror. Le pareció...
Sí.
Alguien había pronunciado su nombre.
—Ya he dado con la tumba —dijo Presnell— Aquí está, Eleonora. Dame el amuleto.
La muchacha continuó rígida.
De nuevo el susurro.
Sibilante.
Estremecedor.
—Eleonora...
Richard Presnell se había aproximado a la joven. Y arqueó las cejas. También él escuchó el tenue susurrar. La voz lastimera.
A espaldas de Eleonora.
—Richard...
—No tengas miedo, Eleonora. Apuesto que se trata de una gata en celo. Sus gemidos semejan a los de una persona...
—Me llama. Richard. Pronuncia mi nombre.
La muchacha, al estar ya junto a Presnell, tuvo el valor de girarse. A su espalda no había nadie. Sólo los nichos. Uniformes. Fríos. Uno encima de otro. Cubriendo toda una pared de la muralla.
El viento silbó con más fuerza.
Richard Presnell tragó saliva.
Su mirada estaba fija en los cipreses que se alzaban junto a la entrada al cementerio. Un grupo de altos árboles. De allí surgía el ulular. Como si el viento azotara con fuerza, sin embargo no existía tal ráfaga. Ni la menor brisa. Las copas de los cipreses permanecían inmóviles.
—¿Qué... qué ocurre, Richard? ¿Qué miras tan fijamente?
Presnell sacudió la cabeza.
Forzó una sonrisa.
—Nada. Dame la medalla y terminemos.
Eleonora abrió el bolso.
Extrajo el amuleto.
—¿Qué es eso? —preguntó al ver un objeto brillar en el interior del bolso.
La joven rió nerviosamente.
Introdujo la diestra para apoderarse de una pequeña automática.

Una pistola Wilkinson Diane. Con cachas de marfil.
—Un regalo de de Luigi, tenía dudas de que tú me acompañaras aquí y por eso guardé la pistola en el bolso.
Presnell sopesó el arma.
—Parece un juguete, pero no lo es. Son demasiado peligrosas. Eleonora. ¿Qué pensabas hacer con ella? ¿Disparar a los muertos? Te aconsejo que...
Un ruido hizo enmudecer a Presnell.
Ladeó la cabeza.
Hacia la tumba de Geoffrey Brinner.
—Richard... ¿qué ha sido...?
—¡Silencio, Eleonora!
Presnell aguzó el oído.
Fue entonces cuando volvió a sonar el ruido. Un ligero golpear. En la tumba de Brinner. Como si alguien llamara... *desde el interior.*
Richard Presnell, muy a su pesar, sintió flaquear las rodillas. Presa de un espeluzno que le recorrió de pies a cabeza.
Volvió a accionar la llama del encendedor.
Y entonces percibió el leve movimiento de la lápida.
Muy leve.
El mármol se deslizaba lentamente.
Eleonora gritó presa de terror. Un desgarrador alarido que resonó con fuerza en el cementerio.
También Richard Presnell hubiera gritado de buen grado. Máxime al contemplar la mano que asomaba bajo la lápida.

* * *

A los desgarradores gritos de Eleonora se unió el ulular del viento. Ahora ya estridente. Como si la furia del infierno se hubiera desatado sobre el cementerio. El silbar era atronador, no obstante los cipreses continuaban inmóviles.
—¡Richard...! ¡Allí!
Al final de la cuarta hilera de tumbas.
Presnell desorbitó los ojos.
Incrédulo.
Contemplando la fantasmal figura salida de la tumba. Una silueta de mujer. Con una larga y blanca túnica. Los largos cabellos sobre los hombros. Los brazos pegados al cuerpo.
Richard Presnell giró la mirada.
Hacia la tumba de Geoffrey Brinner.
El mármol ya había sido deslizado lo suficiente para permitir la salida

del morador.
Geoffrey Brinner.
Con sus ojos azules, ahora muy brillantes. Destacando en la cadavérica palidez de su rostro. Las manos también blanquecinas. Engarfiadas. Como si hubiera estado arañando en el ataúd.
Avanzó.
Arrastrando los pies.
Hacia los horrorizados Presnell y Eleonora.
—¡Dispara...! ¡Dispara, Richard!
Presnell obedeció instintivamente la desesperada súplica de la muchacha.
Apretó el gatillo de la pistola.
Menos de tres yardas le separaban del fantasmal Geoffrey Brinner. Este no acusó el impacto. Siguió avanzando. Lentamente.
Presnell accionó una y otra vez el disparador.
—¡Por todos los...! ¡Salgamos de aquí, Eleonora...! ¡Pronto!
Richard Presnell se percató de que no sólo Brinner y la fantasmagórica mujer habían salido de sus tumbas. Otra lápida más había sido deslizada. Una tumba casi pegada a la muralla. Un individuo. Alto y corpulento. Con una negra capa anudada a su cuello.
Eran tres los cadáveres vivientes salidos de sus tumbas.
De ahí que Presnell se decidiera por la huida.
Emprendieron veloz carrera hacia la salida.
El terror hizo tropezar a Eleonora y caer aparatosamente. Gritó desesperada. Con el rostro desencajado por el pánico.
—¡Richard...!
Presnell retomó sobre sus pasos.
También la oscuridad y lo alucinante de la situación le hizo trastabillar y perder el equilibrio. Soltó la pistola para ayudar a la muchacha a incorporarse.
Prosiguieron la desenfrenada carrera hacia la verja de salida.
Llegaron junto al auto.
El viento había dejado súbitamente de ulular. Reemplazado por unas satánicas carcajadas que resonaron con fuerza en el cementerio.
Unas risas desaforadas.
Infrahumanas.
Como si todos los muertos participaran de una orgía demoniaca.

CAPITULO VIII

Richard Presnell arqueó las cejas.

—¿Es una broma, señor?

El inspector Sidney Hallett respiró con fuerza deteniendo su nervioso deambular por el salón. Fijó la mirada en su subordinado.

—¿Bromea...? ¡Seguro! ¡Todo esto es una macabra broma! Maldita sea, Presnell... Sólo le comento lo que hemos averiguado. Cuando Geoffrey Brinner se nos presentó, echó por tierra nuestra acusación de asesinato contra Sergio Agostini. Investigamos a fondo. Brinner era un individuo amargado, sin amigos... Nos consta que no es el asesino de Jennifer Scott, pero se confesó autor de ello y nos proporcionó... pruebas. Sin duda todo fue un acuerdo con los Agostini. Al registrar en el domicilio de Brinner encontramos vestidos pertenecientes a Jennifer Scott. También nos llamó la atención unas figuras. Todas ellas dedicadas a Satán. Geoffrey Brinner pertenecía a una secta. Unos fanáticos denominados Adoradores de Satán.

—En California proliferan esas sectas.

—Cierto. La mayoría de ellas inofensivas. Sólo destinadas a sacar dinero a los incautos. ¿Recuerda al agente Law?

El rostro de Presnell se iluminó.

Sin evitar una instintiva sonrisa.

—Por supuesto. Pamela Law. Una encantadora mujer que...

—Un agente del Federal Bureau of Investigation — interrumpió Sidney Hallett, con tono severo—. Un magnífico agente. Y también experta en parapsicología. Ella ha investigado en esa denominada secta de Adoradores de Satán. A los discípulos más fieles. Satanás les concede el don de regresar de la muerte.

—En unión de sus compañeros de entierro.

—Así está escrito. Salir de la tumba junto con los que fueron enterrados en ese mismo día. Se ha dado el caso en Geoffrey Brinner. Fue enterrado ayer. En el cementerio de Eowe Hill. Un camposanto poco utilizado. Dos personas más fueron enterradas ayer. Stella Canyon, víctima de accidente de circulación, y un tal Bruce Lindsay, de fallo cardiaco.

—Las dos tumbas que, junto con la de Geoffrey Brinner, han aparecido vacías.

—Eso es.

—Me resisto a creer en cadáveres vivientes, inspector.

—También el F.B.I., hasta que se demuestre lo contrario. Eleonora Agostini no se ha presentado a la policía para denunciar lo ocurrido.

—No me sorprende. Apuesto que todavía no se ha recuperado de la pesadilla.

—De presentarse contando semejante historia, hubiera sido recluida en un manicomio; pero tenemos la versión de un hombre frío, calculador, impasible... La de un agente del F.B.I. Su historia, Presnell. Usted asegura haber visto a Geoffrey Brinner salir de la tumba. Disparó sobre él... No hemos encontrado ni la pistola ni los casquillos, pero eso poco importa. Geoffrey Brinner. Bruce Lindsay y Stella Canyon han desaparecido del cementerio. Han abandonado el ataúd. Los muchachos de dactiloscopia están husmeando por la zona.

Siguiendo la pista de... tres cadáveres. ¡Maldita sea...! ¡Todo esto es absurdo! |No hay lógica!

—Encontraremos la solución.

—¿Quiere conocer la hipótesis de Law?

De nuevo el esbozo de una sonrisa asomó en el rostro de Presnell.

—Pamela Law es tan inteligente como bonita. ¿Cuál es su hipótesis?

—El F.B.I, está investigando la muerte de Geoffrey Brinner. No creemos en ese supuesto suicidio. También en el... accidente en que perecieron la señora Brinner y su hija. Sospechamos de los Agostini. Geoffrey Brinner hizo un trato con los Agostini. Si era traicionado, volvería de la tumba con la ayuda de Satanás. Y se vengaría de los Agostini.

Richard Presnell parpadeó.

—¿Esa es la hipótesis de Pamela Law?

—¿Tiene usted alguna otra mejor? —inquirió el inspector, con sarcasmo —. Buenos días, Presnell. Déjese caer por la mansión de los Agostini. Si Eleonora les ha contado lo ocurrido en el cementerio, los encontrará muy nerviosos.

Sidney Hallett abandonó el salón.

Presnell fue tras él para abrirle la puerta del apartamento, pero al llegar el living, ya el inspector del F.B.I, salía del piso.

Richard Presnell avanzó por el corredor.

Hacia el dormitorio.

No llegó a entrar en la habitación.

Se lo impidió el timbre de la puerta.

Retomó sobre sus pasos. Imaginando enfrentarse con el inspector que había olvidado comentarle algo. No fue así. Al abrir la puerta, se encontró con Sophia Agostini.

Muy sonriente.

—Hola, amor. ¿Puedo pasar?

La muchacha no esperó autorización.

Se adentró en el apartamento encaminándose hacia la abierta puerta del corredor.

—¡Eh, Sophia! —Presnell fue tras ella— ¿Qué haces aquí?

—Nunca me has invitado a tu apartamento, Richard. Decidí visitarte yo. No acudas hoy a buscar a Eleonora. Dudo que te reciba. Ni te aproximes por la casa. Están todos de muy mal humor.
—¿Por qué?
Sophia se encogió de hombros.
Lucía un favorecedor conjunto en *toile de coton,* de abotonadura delantera y ancho cinturón.
—No me he molestado en preguntar. Lo cierto es que la han tomado con Eleonora, pero no te preocupes. Aquí estoy yo para sustituirla. Y le aseguro que lo haré mucho mejor que ella.
Sophia comenzó a manipular en los botones superiores del vestido.
—No te molestes, nena.
—¿Molestarme? Será un placer, Richard. Un verdadero placer...
El vestido cayó sobre la alfombra. La muchacha lo empujó con el pie derecho. No llevaba sujetador. Sus senos, extremadamente puntiagudos, se mantenían firmes y duros. Coronados por pequeños pezones castaños. El slip se limitaba a un minúsculo triángulo de tela en nylon transparente con encaje a juego.
La joven se sentó al borde del lecho para despojarse de los zapatos y pantys. Dirigió una maliciosa mirada a Presnell.
—¿Qué te ocurre, amor? ¿Eres tímido?
—Tengo una cita, Sophia. Con Eleonora. Y no quiero faltar a ella.
Sophia sonrió.
Acudió al ventanal para bajar la persiana y correr el cortinaje. La estancia quedó en suave penumbra, aunque por poco tiempo.
Presnell había accionado el interruptor.
Acudió al armario para coger una de las chaquetas.
—No seas tonto, Richard —Sophia ya se había tumbado sobre el lecho. Sin despojarse del reducido slip—. Eleonora no te recibirá hoy. Tío Luigi le ha dado una buena paliza, ¿sabes?
—Adiós, nena. No olvides cerrar la puerta al salir.
—Richard... ¡Richard!
Presnell había apagado la luz de la habitación al salir. Sus pasos resonaron por el corredor. En dirección al living.
Sophia parpadeó.
Y su estupor se incrementó al oír cerrar la puerta del apartamento.
—¡Richard...!
La llamada de Sophia fue una exclamación de mal contenida ira. La incredulidad fue reemplazada por la furia. Jamás había sido rechazada. Despreciada tan humillantemente. De ahí que, recuperada de su estupor, diera rienda suelta a su furia. De labios de Sophia brotaron insultos muy poco femeninos. Dedicados a Richard Presnell y familia.
—Bastardo... Bastardo... Juro que me las pagarás... Hijo de perra...

Sophia había tanteado sobre la mesa de noche para dar con el interruptor de la lámpara.

Lo presionó.

Se incorporó para apoderarse del vestido, pero interrumpió el ademán iniciado. Una sonrisa se dibujó en los carnosos labios de Sophia. Giró con rapidez pulsando de nuevo el interruptor de la lámpara de noche. Volvió a tumbarse sobre el lecho. Alzó las caderas para despojarse del slip. La diminuta prenda quedó enroscada en uno de los tobillos femeninos.

Su oído no la había engañado.

Si.

Ahora se estaba cerrando la puerta del apartamento.

Primeramente había percibido el deslizar de la cerradura. Muy sigilosamente. Y ahora de nuevo estaba siendo aplicado el cierre.

Escuchó los pasos.

Por el corredor.

También sigilosamente.

Sophia se removió voluptuosamente en el lecho. Presnell había querido bromear con ella simulando marchar y despreciarla.

Ahora estaba allí.

Y Sophia sonreía placentera. Recuperado su orgullo. Consciente de que nadie era capaz de rechazar su tentador cuerpo.

La puerta de entrada al dormitorio se entreabrió.

Lentamente.

Sophia cerró los ojos.

Ahora sería ella quien se burlara de Richard Presnell. Simularla dormir. Ajena a su presencia. Ignorándole.

Escuchó el respirar.

Entrecortado.

Jadeante.

Casi respingó al sentir las manos sobre sus tobillos. Unas manos frías y húmedas que se apoderaron del slip.

Sophia entreabrió los ojos.

Sonriente.

Divisó la sombra inclinada sobre el lecho. Junto a sus tobillos. Una sombra que se encaramó al lecho. Gateando hacia la muchacha.

—Te esperaba, Richard. Nadie me ha despreciado jamás. Merecerlas que...

Sophia enmudeció.

El respirar.

Aquel entrecortado y jadeante respirar continuaba. A su izquierda. No procedía de Presnell. Era como si alguien más permaneciera en la habitación.

La muchacha ladeó la cabeza.

Y descubrió la segunda sombra.

Fantasmal.

Destacando de entre la penumbra de la habitación. Una figura siniestra. Con unos ojos que brillaban con fuerza en la oscuridad. Como diminutas bolas de fuego.

Sophia parpadeó.,

Volvió a posar la mirada en la sombra que yacía a los pies del lecho.

—Richard... hay alguien más en...

No distinguió bien el rostro que se aproximaba. Sólo sus ojos. Unos ojos que también brillaban con satánico fulgor.

No.

Aquél no era Richard Presnell.

Sophia precipitó su mano hacia la mesa de noche accionando el interruptor. La lámpara, aunque no muy potente, sí le permitió contemplar a sus dos visitantes.

La muchacha desencajó el rostro.

Alucinada.

En indescriptible mueca de terror.

Gritó con todas sus fuerzas. Un alarido de inmediato ahogado.

El individuo que yacía en el lecho había actuado con rapidez. Un individuo corpulento. Introdujo el slip en la abierta boca de Sophia. Brutalmente.

—Perfecto, Bruce, perfecto...

La gutural voz era del individuo que permanecía en pie. Un hombre de cadavéricas facciones. De ojos azules. Muy brillantes.

Sophia intentó escapar. Saltar del lecho. Sus ademanes fueron de inmediato cortados por el individuo que permanecía junto a ella. La inmovilizó atenazándola violentamente por los brazos. Presionando con salvajismo la rodilla izquierda contra el bajo vientre de la muchacha.

Las facciones del individuo también extremadamente pálidas. Cadavéricas. Sus ojos destelleando con infrahumano brillo. Unos ojos blancos. Níveos. Sin pupilas... Como dos esferas incrustadas en aquel siniestro rostro.

—Tu turno, Geoffrey...

También la voz del individuo que atenazaba a Sophia sonó ronca. Gutural. Como procedente de la más tenebrosa de las cavernas.

Sophia desorbitó los ojos.

Horrorizada.

El llamado Geoffrey había mantenido oculto un cuchillo. Un cuchillo de grandes dimensiones. De ancha y cortante hoja.

Avanzó.

Con una satánica mueca reflejada en el rostro.

Sophia se debatió. Sacudió desesperadamente la cabeza. Incapaz de librarse de su opresor. Las facciones femeninas deformadas por el terror y por el slip brutalmente introducido en su boca.

El cuchillo fue hacia el frágil cuello de Sophia.

El ahogado gemir de la muchacha fue reemplazado por sonoro estertor. Un brutal tajo en la garganta dejó escapar un manantial de sangre. Acompañado de espeluznante silbar. Borbotones de sangre que inundaron también la boca de Sophia.

El corte fue alucinante.

Salvaje.

La cabeza de Sophia apenas quedó unida al tronco. La afilada hoja, ahora teñida en rojo, no se detuvo. Trazó un profundo surco. Por entre los senos femeninos. Fue al llegar al vientre de Sophia. Allí se detuvo. Unos instantes. Profundizó. Violentamente. Dibujando un agudo zigzag.

Las carcajadas de los dos individuos resonaron en la estancia.

Diabólicas.

Sophia, ya cruzando los umbrales del Más Allá, no pudo oírlas.

CAPITULO IX

Giocomo Mantoni movió repetidamente la cabeza.

—Ya le he dicho que la señorita Eleonora no recibe a nadie. Y le ruego no insista. Buenos días señor.

El sirviente cerró la puerta.

Richard Presnell quedó unos instantes bajo el porche. Terminó por girar sobre sus talones encaminándose hacia el Corvette. No llegó a subir al auto.

Había descubierto a la anciana señora Claudia en el jardín. Junto a la piscina. Bajo una de las amplias sombrillas.

Presnell se llevó un cigarrillo a los labios.

Avanzó despreocupadamente.

—Hola, abuela. Un magnifico día, ¿eh?

Claudia Agostini alzó su ajado rostro. Dirigiendo hacia Presnell sus saltones ojos. Unos ojos que parecían reflejar un cierto temor y angustia.

—¿Quién... quién eres tú?

Richard Presnell sonrió tomando asiento frente a la anciana.

—¿No me recuerda? Soy Richard Presnell, un amigo de Eleonora. Fuimos presentados en la fiesta de bienvenida a Eleonora.

La mujer incrementó su inquisitiva mirada.

Muy fija.

Richard Presnell tragó saliva. Impresionado por aquella mirada. Instintivamente llegó a temer que, en efecto, leyera el pensamiento.

—¿Qué tiene ahí, abuela?

Las sarmentosas manos de la anciana sostenían un pequeño envoltorio. Un paño rojo. Lo extendió sobre la mesa. Con movimientos maquinales. Descubriendo su contenido.

Una llave.

Una extraña llave. De color rojizo. La anilla tenía dos punzantes salientes semejando unos afilados cuernos. El filete ancho, con unos diminutos grabados. Al igual que en el tronco. Las muescas muy unidas, puntiagudas, como siniestros colmillos.

—Es la llave del infierno.

Richard Presnell volvió a tragar saliva.

Forzó una sonrisa.

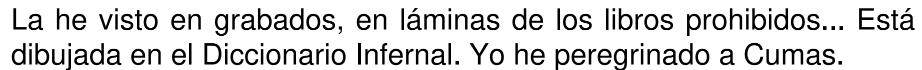
—¿Quién le ha dado eso, abuela?

—Apareció esta mañana en mi habitación. Sobre la mesa de noche.

Presnell tiró del paño rojo. Sin tocar la llave. La examinó detenidamente.

—Tratan de gastarle una broma, abuela.

—Es la llave del infierno —murmuró la anciana, con apagada voz—.


La he visto en grabados, en láminas de los libros prohibidos... Está dibujada en el Diccionario Infernal. Yo he peregrinado a Cumas.
—¿Cumas?
—En Italia. Al Averno. Un lago. Una de las entradas del infierno.
—Eso son leyendas.
—¿Leyendas? ¿Acaso dudas de la existencia del infierno? Satanás va a castigar a los Agostini. No tenemos salvación. El infierno nos espera.
—Abuela... ¿por qué no me deja esa llave? Le prometo averiguar quién la ha dejado en su habitación.
Los saltones ojos de la mujer volvieron a posarse fijamente en Richard Presnell.
—¿Quién... quién eres tú?
—Ya se lo he dicho. Un amigo de...
—Policía. Eres un policía.
—No diga tonterías, abuela —rió Presnell, forzadamente—, Soy un...
—Eres un agente del F.B.I, —interrumpió Claudia Agostini, para de inmediato reír en desaforada carcajada. Señaló la llave con el índice de su diestra—. Tuya es, Richard. Sí... Investiga en ella. Y encontrarás las huellas del mismísimo Satanás.
La anciana volvió a reír.
Histérica.
El ventanal del salón, comunicante con el jardín, se abrió dando paso a Sergio Agostini. Avanzó a grandes zancadas.
—¿Qué haces aquí, Richard? ¡Deja en paz a la abuela!
—Yo sólo...
—¡Lárgate!
Richard Presnell ya había guardado el paño con la llave en el bolsillo interior de la chaqueta. Contempló como Sergio Agostini ayudaba a incorporarse a la anciana y ambos se encaminaban hacia el interior de la casa.
—¿Te encuentras bien, abuela?
—Sí, Sergio, sí... Y pronto estaremos todos aún mejor. ¡En el infierno!
Sergio Agostini hizo una mueca.
Cerró el ventanal del salón para acto seguido dirigir una dura mirada a la anciana.
—¡Ya basta, abuela! ¡Ya basta de tonterías! Toda esa historia es una vulgar patraña.
—Geoffrey Brinner ha abandonado su tumba... Junto con otros muertos...
—Fantasías de Eleonora. Mi padre y Alzo han ido a investigar. Todo resultará falso. O un truco para asustar a los Agostini.
—El infierno... el infierno nos espera...

—¡Sí, maldita sea! —vociferó Sergio Agostini—, ¡Al infierno contigo, abuela!

Sergio Agostini abandonó precipitadamente el salón. Su irritado gesto se fue suavizando paulatinamente hasta terminar esbozando una sonrisa.

Encaminó sus pasos hacia una puerta situada en uno de los recodos del pasillo. En la planta baja. La puerta que comunicaba con el sótano.

Sergio Agostini se detuvo junco a la hoja de madera.

Lanzó una mirada a izquierda y derecha. Como si temiera ser visto.

Hizo girar el pomo de la puerta. Cruzó el umbral cerrando tras de sí.

Descendió los ocho peldaños de la escalera.

Aquello era la bodega. Añejas botellas se alineaban a ambos lado. En artísticos botelleros. Formando un estrecho corredor.

Un juego de luces en el techo iluminaba el sótano.

Sergio Agostini dirigió sus pasos hacia una puerta situada al fondo de la bodega; pero antes de llegar se hizo la oscuridad.

Todas las lámparas del techo se eclipsaron.

—Por todos los...

Sergio Agostini se detuvo. Sorprendido por aquella oscuridad. Tanteó en los bolsillos hasta dar con la caja de fósforos.

Fue entonces cuando escuchó el ruido a su espalda.

Muy tenue.

Como el deslizar de una rata por entre los botelleros.

Sergio Agostini sonrió. No había ratas en el sótano. Encendió el fósforo girando sobre sus talones.

—¿Estás ahí...?

Sonó una voz.

—Si, Sergio... Aquí estoy... ¡para tu desgracia! La sonrisa reflejada en el rostro de Sergio Agostini

se quebró bruscamente. Reemplazada por una indescriptible mueca de dolor y sorpresa. Desorbitó los ojos. Boqueando una y otra vez. Soltó el fósforo para llevarse ambas manos al vientre.

Se iluminaron las luces del techo.

Sergio Agostini pudo entonces ver el enorme boquete en su vientre. La sangre que se filtraba por entre los surcos de sus dedos. Incapaz de contenerla. La visión de aquel bermejo líquido hizo flaquear las piernas de Sergio. Cayó de rodillas.

Con vidriosos ojos contempló a su atacante.

Descubrió el cuchillo.

Un descomunal cuchillo de ancha y larga hoja.

—¿Por... por qué...?

Un lacerante dolor ahogó la voz de Sergio Agostini. Se retorció por el suelo. Con las manos crispadas sobre el boquete del vientre.

Comenzó a gemir.
—Tranquilo, Sergio, tranquilo... Apuesto que necesitas un trago. Siempre te gustó beber. Espera...
Una mano enguantada tomó una de las botellas de la estantería más cercana. La golpeó contra uno de los salientes rompiendo el gollete.
—Bebe. Sergio... Bebe... Entra eufórico en el infierno...
El roto gollete se fue aproximando a la boca de Sergio Agostini. Volcando el líquido. Ahogando a Sergio. Provocándole reiteradas arcadas.
Dos enguantadas manos sujetaron ahora la botella. Como si fuera una estaca.
Sergio Agostini advirtió lo que iba a ocurrir. Una espantosa mueca deformó su rostro. No pudo gritar. Ni tan siquiera esquivar el salvaje impacto. El roto gollete de la botella se hundió brutalmente en la boca. Reventándole los labios, desgarrando la lengua, el paladar, destrozando los músculos de la pared bucal, cortando la úvula...
El añejo líquido que aún quedaba en el recipiente se entremezcló con la riada de sangre que manó de la destrozada boca de Sergio Agostini.
Sus estertores fueron alucinantes.
Confundidos con la satánica risa de su atacante.
—Espera, Sergio, espera... Aún no he terminado contigo.
Sergio Agostini ya había cesado de agitarse. Su aspecto era espeluznante. Con el vientre desgarrado y la botella salvajemente hundida en la boca. Los ojos casi fuera de las órbitas.
Una segunda botella.
También con el gollete roto.
Los punzantes cristales se aproximaron ahora a los desorbitados ojos de Sergio Agostini.
La diabólica carcajada fue lo último que escuchó Sergio Agostini antes de penetrar en el mundo de las tinieblas eternas.

* * *

No... no, Richard... quieto...
Presnell hizo caso omiso a las protestas femeninas. Continuó besando ávidamente los gordezuelos labios de la muchacha a la vez que sus manos acariciaban los turgentes senos. Unos pechos menudos como medias naranjas. Deslizó la diestra. Hacia los muslos femeninos. La introdujo bajo la falda.
—Pamela... ¿por qué no vamos a tu habitación?
—Si. Richard... sí...
Presnell se levantó del sofá.
También Pamela Law.

Roja como la grana.
Precipitadamente se alisó la falda y abotonó la abierta blusa.
—Eh, Pamela... ¿qué haces?
—Se acabó. Richard —dijo la joven, con firme voz—. Somos dos agentes del F.B.I, y no estamos aquí en plan de diversión.
—Lo otro puede esperar.
—No, Richard. No puede esperar.
—Te he echado de menos. Pamela. La última vez... fue hace cinco meses, ¿verdad? En el caso Locke. Luego te enviaron a un cursillo en Washington. Y de nuevo estás aquí. En San Francisco. Cuando el inspector me comentó que tú...
—También yo me alegro de verte, Richard.
—Pamela...
—¡No...! ¡No vuelvas a empezar! Oye. Richard... El inspector puede llegar de un momento a otro.
—Quedó en ir a mi apartamento —sonrió Presnell—. Y yo estoy aquí. En el tuyo.
—Y dos y dos son cuatro. El inspector Hallett deducirá de inmediato que te encuentras aquí. Deja al menos que te explique lo de la llave.
—No hay huellas. Eso es lo único que nos interesaba.
—Te equivocas. Hay algo más.
Richard Presnell había acudido al mueble-bar.
Dirigió una mirada a Pamela.
Un auténtico bombón.
¿No irás a decirme que se trata en verdad de la llave del infierno?
—Esa llave existe, Richard. Es conocida y adorada en los ritos satánicos. Desde hace siglos. Es el mismísimo Satán quien la entrega a sus discípulos preferidos.
Y luego la recupera. Se han hecho varios duplicados de ella. Muy cotizados entre los seguidores de Satán. La llave que te entregó Claudia Agostini es una de esas copias. No se trata del original. Alguien se ha molestado en gastar unos tres mil dólares para conseguir ese duplicado. Y apuesto que no le ha resultado fácil. Son piezas difíciles de adquirir pese a ser imitaciones.
—Cadáveres vivientes. Satanás, una llave del infierno... ¡Maldita sea, Pamela! Me resisto a creer en ello.
—No te burles de ciertas cosas, Richard. Puede resultar peligroso. Yo te...
El timbre de la puerta interrumpió a Pamela.
La muchacha acudió al living.
A los pocos segundos, retornó en compañía del inspector Sidney Hallett.
Richard Presnell forzó una sonrisa.
—Buenas tardes, señor. Ahora mismo me disponía a ir a mi

apartamento.

—De allí vengo yo. Presnell.

Richard Presnell se percató de la palidez que se reflejaba en el rostro del inspector del F.B.I.

—¿Ocurre algo, señor?

—Si, hay bastantes novedades. Hemos encontrado datos interesantes en el cementerio de Eowe Hill, pero eso no es todo. Sergio Agostini ha sido asesinado. En la bodega de su casa. Un crimen horripilante. Una brutal herida en el vientre y luego... luego tres botellas. Tres botellas de gollete roto. Clavadas en su rostro. En los ojos y en la boca.

También Pamela palideció.

Richard Presnell fue incapaz de articular palabra.

—¿Cuándo vio por última vez a Sophia Agostini? —inquirió el inspector, con ronca voz.

—Esta mañana. En mi apartamento. Me visitó a los pocos minutos de marchar usted. Quedó en mi apartamento.

Sidney Hallett asintió.

Con leve movimiento de cabeza.

—Sí... y allí sigue. La encontré yo. Muerta. Degollada. Destrozado su cuerpo... Alzo Agostini grita que todo es una venganza de Satanás. No... Ni el mismísimo Satán sería capaz de semejante crimen.

CAPITULO X

En Candice Creek. Una casa de campo. El refugio de los Agostini. Por muy pocos conocido. Un bungalow de una sola planta. Amplio. Cercado de alta muralla y dotado de modernos sistemas de seguridad. Electric-eye alarm, automatic light y hand alarm. Difícil penetrar en la casa sin ser detectado.

Claudia comenzó a reír.

En estridente carcajada.

—Bien. Luigi, bien... Todo perfecto, pero los muertos pueden burlar fácilmente todos esos sistemas de seguridad.

—¡Ya basta, *MAMMA!* ¡No quiero oír hablar de ello!

—Hablaremos, hijo —musitó la anciana con lúgubre voz—. Hablaremos todos juntos... en el infierno.

Luigi Agostini comenzó a deambular nerviosamente por el salón. Maldiciendo y renegando entre dientes. También él estaba asustado. Se resistía a confesarlo, pero le dominaba el pánico.

Apareció Alan Brooks.

En compañía de su hermano Eddie.

Eddie Brooks. Dos años menos que Alan. Aventajándole con creces. Eddie Brooks tenía vocación de asesino: Lo suyo era matar. Disfrutaba haciendo ese trabajo. Los Brooks, brazos ejecutores de la organización Agostini, tenían sobre su conciencia infinidad de crímenes. Dos auténticos profesionales.

—Hemos registrado la casa, Luigi —dijo Alan Brooks, bailando en la boca una pastilla de mascar—. Ni un solo rincón hemos dejado por mirar.

—¿Dónde está Giacomo?

—En la cocina.

Luigi Agostini mesó nerviosamente los cabellos. Dominando con dificultad el temblor de sus manos.

—¿Y mi sobrina?

—Eleonora ha quedado en una de las habitaciones. Desempacando el equipaje.

—Esperarme en el coche. Regreso a San Francisco.

Los dos hermanos abandonaron la estancia.

La anciana volvió a reír. En desaforada carcajada que incrementó el nerviosismo en Luigi Agostini.

—¿Tienes miedo de quedarte aquí, Luigi? En San Francisco tampoco estarás seguro. Ya no hay lugar seguro para nosotros. Nadie escapa al poder de Satán.

—Escucha con atención, *mamma*... Debo regresar a San Francisco. Sergio está muerto. Y Sophia. Debo ocuparme de todo

ello. Alzo está con la policía. Creo... creo que ha terminado por confesarles todo. Ahora de poco nos sirve ya proclamar la inocencia de Sergio. No culpo a Alzo. Está aterrado. El descubrió el cadáver de Sergio.

—La policía... ¿puede la policía detener a Satán? Estamos perdidos, Luigi. Sentenciados. Yo he recibido la llave del infierno. Ya sólo nos queda esperar. Esperar la más horrible de las muertes.

Luigi Agostini palideció.

Movió los labios.

Quiso hablar, responder a la anciana, pero sólo murmuró palabras ininteligibles. Giró con brusquedad abandonando el salón.

Los hermanos Brooks le esperaban en el interior del auto. Un Pontiac. Un vehículo blindado.

Emprendieron la marcha.

Luigi Agostini ladeó la cabeza.

Contempló a su madre que permanecía junto al ventanal del salón. Con su enteca figura. Su ajado y esquelético rostro asemejándola a un cadáver.

Luigi Agostini sintió un nudo en la garganta.

Un escalofrío.

Sabía que aquello era una despedida. Que ya no volvería a ver a su vieja. Que estaba sentenciado. Todos los Agostini.

Sí.

Empezaba a creer en la maldición de Brinner y el castigo de Satán.

También para Claudia aquello era una despedida. Lo presentía. No volvería a ver a Luigi. Ya había perdido a dos de sus nietos. Sergio y Sophia. La todopoderosa familia Agostini nada podía hacer contra los espíritus infernales.

Y Claudia lo había intentado.

Recurrió a sus viejas prácticas de brujería. A las enseñanzas recibidas en Italia. Invocó el perdón de Satán, pero éste no había escuchado la plegaria.

La anciana abandonó el salón.

Lentamente.

Dudó en acudir al dormitorio de Eleonora, pero finalmente se decidió por dirigirse a su habitación. Eleonora continuaba siendo una extraña. Ignorando lo ocurrido. Y también ella sería alcanzada por la venganza.

La mueca de una sonrisa asomó al marchito rostro de Claudia.

Eleonora Agostini. La hija de Victorio Agostini. El hermano de Luigi. Un fracasado. Un ser débil e indigno del apellido Agostini. Victorio murió en un hospital de Palermo. Solo como un perro. Sin el consuelo de la familia. Victorio Agostini había contraído matrimonio con una Fabrizzi. Una familia enemiga de los Agostini. Desde tiempo

inmemorial. Victorio fue débil hasta en eso, pero su culpa no debía recaer sobre Eleonora. Había quedado sola. De ahí que Claudia aconsejara a Luigi Agostini que se hiciera cargo de su sobrina.

Ahora lo lamentaba.

Eleonora sería una más en morir.

La anciana penetró en su habitación. La maleta ya estaba vacía. Su reducido equipaje, sin duda ya ordenado en el armario.

Acudió a la mesa de noche pulsando el llamador.

No cenarla.

Avisaba a Giacomo Mantoni para que le preparara tan solo un vaso de leche caliente.

Fue al dirigirse al contiguo cuarto de baño. Apenas abrir la puerta. Entonces sonó la voz.

Susurrante.

Muy tenue.

—Claudia... Claudia...

La anciana quedó rígida.

Pálida.

Comenzó a temblar. Agrandando aún más sus saltones ojos trazó una aterrada mirada por la estancia.

—¿Eres... eres tú.. Satán?

La voz no respondió a la pregunta formulada.

Siguió pronunciando el nombre de la anciana.

Sibilante.

Apenas audible.

—Claudia... Claudia...

La mujer avanzó hacia el armario.

Si.

Desde allí procedía la voz.

Del interior del armario.

La anciana tiró del pomo del mueble. Y apenas abrir el armario cayó algo desde uno de los altillos.

Algo que la anciana tomó instintivamente en sus manos.

El acartonado rostro de Claudia pareció quebrarse en alucinada mueca de terror.

Sus manos estaban sosteniendo la cercenada cabeza de Giacomo Mantoni.

* * *

La soltó.

Con un desgarrador alarido.

La cabeza golpeó en el suelo. Con un macabro sonido. La cercenada cabeza de Giacomo Mantoni aún goteaba sangre. Con los ojos muy abiertos. Parecían contemplar fijamente a la anciana.

Claudia salió de la habitación.

Gritando.

—¡Eleonora...! ¡Eleonora...!

La muchacha asomó desde la abierta puerta del salón. Con un gin-tonic en su diestra. Luciendo una larga bata de seda.

—¿Qué ocurre, abuela?

La anciana se precipitó en el salón.

Boqueando.

Con las manos a la altura de la garganta. Unas manos ensangrentadas.

—Giacomo... Giacomo... Está muerto... Le han cortado la cabeza...

—No digas tonterías, abuela.

La anciana volvió a boquear.

Falta de respiración.

—Está... está en mi...

Súbitamente enmudeció.

Con sus ojos saltones fijos en Eleonora. Dirigiendo a la muchacha una penetrante mirada.

—Tú... Eres tú, Eleonora... Tú eres...

—¿Qué, abuela?

La anciana retrocedió.

Con el rostro desencajado.

—No existe la... Satanás no...

Claudia se llevó ambas manos al pecho. Volvió a boquear. Desesperada. Acto seguido, se desplomó de bruces.

Eleonora no había hecho ademán alguno por evitar la caída de la anciana.

Se inclinó sobre ella zarandeándola.

Claudia tenía sus saltones ojos casi fuera de las órbitas. Con aquella mueca desdibujando su rostro. Inerte. Sin mover un solo músculo.

—*Okay,* abuela —sonrió Eleonora— Has tenido suerte.

La muchacha fue hacia el mueble-bar.

Fue al depositar el vaso cuando sonó la voz.

—Sírveme un whisky, Eleonora.

La joven respingó girando con rapidez.

Parpadeó repetidamente.

Contemplando a Richard Presnell que le sonreía desde el umbral de entrada al salón.

—Richard... ¿qué haces...? ¡Oh, Richard...! ¡Ha ocurrido algo horrible! La abuela... la abuela está muerta...

—Sí, ya lo veo.

—Ha sufrido un ataque al corazón. ¡Han decapitado a Giacomo! La abuela encontró su cabeza y... ¡Oh, Richard! Es todo tan horrible... Estamos bajo una maldición. Te contaré lo...

—No es necesario, Eleonora —interrumpió Presnell, adentrándose en el salón—. Estoy al corriente de ello.

—Es la venganza de Geoffrey Brinner... ¡Tú le viste salir de la tumba!

Presnell sonrió.

—Por favor, Eleonora. Esa es una historia dedicada a la abuela. Ella si creía en eso. La abuela influiría en el resto de la familia. Ese era tu plan, ¿no?

—No te comprendo...

—Ya basta de fingir, nena. Yo si voy a comunicarte algo que ignoras. Soy un agente del F.B.I.

La muchacha volvió a parpadear.

—¿Que tú...?

—Sí, nena, pero no te enfades. También tú me has engañado bien. Te creí una mosquita muerta. Has ideado un diabólico plan. Eleonora.

—Estás equivocado, Richard. Yo no...

—Te he descubierto, Eleonora. En el cementerio de Eowe Hill no hubo tal... resurrección. Mis compañeros del F.B.I, encontraron unos diminutos trozos de cinta magnetofónica. Junto a las ramas de los cipreses. Sin duda se enganchó al descolgar el cassette. Una cinta con sonidos similares al ulular del viento, ¿lo recuerdas? Y la voz llamándole... Otro cassette. Desconectar los postes de luz. Todo muy efectivo. Las tumbas fueron manipuladas desde el exterior. Para que los... resucitados no encontraran dificultades para salir de sus tumbas.

—No sé de qué me hablas, Richard. ¡Estás loco!

—Fue un buen truco, muñeca. Lo reconozco. Temblé de miedo en el cementerio. Máxime después de disparar tu pistola. Con balas de fogueo. Me sorprendió que mis compañeros del F.B.I, no encontraran el arma ni los casquillos. ¿Por qué los cadáveres vivientes se iban a molestar en recoger aquello? Tú me llevaste allí, Eleonora. Deliberadamente. La abuela no te entregó amuleto alguno. Tú querías que alguien presenciara esa fantasmal salida de las tumbas. Alguien que lo denunciara a la policía. Que se comentara lo de la maldición de Brinner. Había que dar credibilidad a la historia. Por irreal que fuera. Hemos detenido a tus dos cómplices, Eleonora. A los hermanos Brooks. Desgraciadamente no hemos llegado a tiempo de evitar la muerte de Luigi Agostini. Le han quemado vivo. En el bosque Candice. A muy poca distancia de aquí. No les esperes ya. Estarán ahora confesando todos sus crímenes. Todo tu monstruoso plan.

—Oye, Richard...

—¿Por qué me fue sencillo llegar hasta la casa? No estaban conectados los sistemas de seguridad. Tú esperabas el inmediato regreso de tus dos cómplices. Después de que liquidaran a Luigi. Tú te encargarías de la abuela. El fiel Giacomo ya había sido víctima de los Brooks, ¿me equivoco? ¿O acaso tú has decapitado a Giacomo?

Eleonora sonrió.

Por primera vez.

Fríamente.

—No, querido. Yo me he limitado a poner y programar un cassette en el armario. Junto a su cercenada cabeza. Para impresionar aún más a la abuela. Yo sólo me he encargado personalmente de Sergio. Me citó en el sótano. Sergio babeaba por mí. Era un sucio bastardo. Fue un placer acabar con él. ¡Con todos ellos! Sí... Tenía que acabar con ellos. Me lo propuse apenas pisar California. ¡Los orgullosos Agostini acogiendo a la sobrinita! A la hija del desaparecido Victorio. Me fue fácil convencer a los Brooks. Ellos son ambiciosos, aunque con cierto temor a las amistades de los Agostini. También yo. De ahí que madurara algo que me mantuviera al margen. Y Geoffrey Brinner me proporcionó la idea. El y la conocida superstición de la abuela. Una venganza del Más Allá. Una intervención de Satán. Muertos vivientes...

—Te has tomado muchas molestias, Eleonora. Hacer desaparecer tres cadáveres, el que los Brooks se caracterizaran...

—Era necesario crear esa atmósfera. Seguir los ritos de los Adoradores de Satán, la secta de Brinner. Resucitar a Brinner y a los que fueron enterrados en su mismo día. Alan Brookes ocupó el lugar de Brinner. Su hermano el del otro fallecido. Y la mujer, una tal Judith Wilmer. Una actriz. Una amiguita de Eddie. La pobre Judith hizo compañía a los tres cadáveres. Después de representar su papel en el cementerio. Reposa en los vertederos del acantilado Ross. Jamás se dará con ellos.

—Alan. Eddie y una actriz...

Fue sencillo, querido. Lentillas especiales para los ojos azules de Brinner, otras lentillas blancas, gotas que proporcionan un siniestro brillo, pelucas, maquillaje... Los hermanos Brooks han hecho un buen trabajo. Para ellos el imperio de los Agostini. Hablo de los negocios ilegales. La red de drogas, el juego clandestino y todo lo demás. Los Brooks se harán cargo de ello. Y serán aceptados. Ellos son ajenos a la muerte de los Agostini. Fue Satán. Los espíritus del mal. Algo sobrenatural. Una venganza del difunto Brinner.

—¿Y tú?

Eleonora rió divertida.

—Oh, yo me largaré a Italia. Horrorizada. Escapando de la maldición. Y allí me llegarían noticias de los abogados. Soy la única

Agostini con vida, ¿comprendes?

—Comprendo que todo te ha salido mal. Eleonora. No podía ser de otra forma. Demasiado monstruoso. Demasiado... satánico. Tú no necesitas la llave del infierno. Tienes garantizada la entrada. Por la puerta grande.

La joven volvió a reír.

—Fue una buena idea comprar esa llave y enviarla a la abuela. Ella iba propagando el pánico entre la familia.

—Vas a pagar por tus crímenes, Eleonora.

—¿De veras?

El movimiento de Eleonora fue rápido.

Introdujo la diestra en el bolsillo de la bata empuñando una automática.

La sonrisa se borró de su rostro.

—Maldito seas, Richard... Ya sólo nos quedaba Alzo. Y él también iba a morir. Ahora debo escapar. Me marcharé de los EE.UU., aunque no con las manos vacías. Me llevaré joyas y dinero de los Agostini. Un pequeño bocado del gran banquete, pero tú pagarás con la vida mi fracaso...

Sonó la detonación.

Un seco disparo.

El proyectil perforó la nuca de Eleonora.

Richard Presnell, que encomendaba su alma al Todopoderoso, contempló perplejo a la andana.

Claudia Agostini.

Sosteniendo entre sus sarmentosas manos una pistola automática similar a la de Eleonora. El regalo de Luigi Agostini a las mujeres de la familia.

Presnell se inclinó sobre la anciana.

—Creí... creí que estaba muerta...

El rostro de la anciana reflejó una extraña sonrisa.

Con un siniestro brillo en sus saltones ojos.

—Y lo estoy... lo estoy... Estoy muerta, pero Satanás me ha permitido regresar del Más Allá para castigar a Eleonora. Ahora debo volver con él... Adiós...

Richard Presnell sintió un escalofrío.

Retrocedió.

Contemplando horrorizado la mueca dibujada en el rostro de Claudia Agostini.

EPILOGO

Richard Presnell vació el vaso de whisky.

Denegó con un movimiento de cabeza.

—Fallo cardiaco. Eso fue lo que dijo el informe de la autopsia. Claudia Agostini falleció de un ataque al corazón.

—No te discuto eso, Richard —respondió Pamela—. Ciertamente murió de un ataque al corazón. Sólo que... *murió dos veces.*

—No digas tonterías.

—Te asusta un poco, ¿verdad? También a mí. La causa de su muerte un ataque al corazón. Un solo ataque.

—¿Eso significa...?

—Puede que lo primero no fuera un ataque, Richard. Que sufriera un simple desvanecimiento. Se recuperó y, gracias a ello, te salvó la vida.

—Estaba muerta, Pamela. Cuando yo llegué juraría que... ¡Maldita sea! ¡No puede haber vuelto de la muerte con ayuda de Satanás! Sí... Un desmayo... Eso debió ser.

Pamela quedó en silencio.

Terminó por esbozar una sonrisa.

—Es mejor no pensar en ello.

—¿Tú qué opinas, Pamela? Eres experta en parapsicología y fenómenos paranormales. ¿Existe ese poder de Satán?

—Satanás habita entre nosotros, Richard. ¿Acaso el plan de Eleonora no demuestra la existencia de espíritus infernales?

—Jamás olvidaré la expresión en el rostro de Claudia Agostini... Era... era como si realmente cruzara las puertas del Averno. Portando en su diestra la llave del infierno.

—¿Quieres que te ayude a olvidar, Richard? —sonrió la muchacha tendiendo sus brazos hacia Presnell—. También hay ángeles buenos.

Richard Presnell correspondió a la sonrisa.

Besó con suavidad los labios femeninos.

—Dudo que pueda olvidar, Pamela; pero ciertamente necesito tu ayuda. Te necesito...

—Y aquí me tienes, Richard. El inspector nos ha concedido un permiso. La organización Agostini es un castillo de naipes que se desmorona. Nuestros compañeros están haciendo un buen trabajo. Sí, Richard... aquí me tienes...

Volvieron a unir sus labios.

Ahora más apasionadamente.

Richard Presnell se reflejó en los bellos ojos de la muchacha.

Unos ojos profundos, claros, de limpia mirada...

Si.

También existían ángeles buenos.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

misterio ...

ROJO

suspense...

ROJO

acción ...

ROJO



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España